

Cuentos de papелera

José Luis Vásquez Silva

LAS FORMAS DEL FUEGO

NARRATIVA



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA





LAS FORMAS DEL FUEGO

Cuentos de papelera

JOSÉ LUIS VÁSQUEZ SILVA

Cuentos de papelera



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2024

Cuentos de papelera

© José Luis Vásquez Silva

PORTADA

Greicy Letelier

FOTOGRAFÍA

Arturo Moreno

DIAGRAMACIÓN

David Arneaud

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2024

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, Urb. El Silencio,

Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.04.44

www.monteavila.gob.ve

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal N° DC2024000952

ISBN 978980012431-4

**Ministerio del Poder Popular para la Cultura
Monte Ávila Editores Latinoamericana, C. A.**

Concurso para Autores Inéditos 2023

VEREDICTO

Nosotros, MARÍA ELVIRA GONZÁLEZ, RAFAEL VICTORINO MUÑOZ y ARNALDO HERNÁNDEZ, constituidos como miembros del Jurado del Concurso para obras de Autores Inéditos de Monte Ávila Editores Latinoamericana 2023, en el género NARRATIVA, reunidos por vía Internet con el objeto de deliberar sobre los ganadores de esta edición, hemos acordado lo siguiente:

Luego de revisar exhaustivamente cada uno de los manuscritos y después de intensas y enriquecedoras discusiones que se llevaron a cabo convenimos que, de manera unánime, la pieza ganadora del Concurso para Autores Inéditos año 2023 es *Cuentos de Papelera* cuyo seudónimo es «Contralísio Sotavento», porque evidencia un destacado dominio de técnica narrativa, con componentes de originalidad y construcción de ambientaciones y personajes que ameritan el reconocimiento como GANADOR.

Por otra parte, sugerimos una mención especial para las obras *Pensamientos en la Sombra* (Pseudónimo: Ferher) y *El Vampiro de Galipán* (Pseudónimo: Stela), por ser las dos finalistas que demostraron, además de talento narrativo, la virtud de explorar temáticas y perspectivas innovadoras.

A los 15 días del mes de noviembre de 2023.



Rafael Victorino
Muñoz



María Elvira
González



Arnaldo Hernández

*A Meybol Zuleyda.
La de los ojos lanceolados,
transparentes y dulces como
los caramelos de coco.*

En ocasiones nos arriban en cambote las colaboraciones de muchos de los sosias que tenemos regados por esos mundos imaginarios; y en un ataque de soberbia, después de una rápida revisión, los lanzamos al trasto de la basura. Más tarde y más sosegados, quizás por una imperiosa necesidad, decidimos darle otro chance. En la relectura de algunos de ellos llegamos a pensar: «Caramba, este no está tan malo». A esos, ahora en un ataque de desesperación, arrugados y todo, los metemos en un viejo cartapacio que tenemos rotulado con aquella infame etiqueta. Y allí los dejamos escondidos para, de vez en cuando, mostrárselos, como engendros de circo, a nuestros sorprendidos amigos, quizás con la secreta esperanza de que se los vayan llevando y nos alivianen del peso que los inacabados representan.

Contralísio Sotavento

3x1

La llegada de Justino y Marcelina al Club de Amigos originó un inusual revuelo, porque, aunque eran viejos conocidos, tenían varios meses sin pisar aquellos predios. Justino cruzó el portón sacudiéndose el polvo amarillo impregnado en los calzones, mientras ayudaba a su compañera a librarse de las pelusas aferradas a sus pelos de muñeca. Todos los saludaban con alegría y estrechaban con respeto las viejas manos. Justino respondía como un dicharachero Quijote, en cambio, Marcelina, una discreta Dulcinea, apenas esbozaba una tímida sonrisa.

—¿Y qué pasó con ustedes dos?!, ¿dónde se habían metido?! —preguntó el patrón.

—Por ahí, por esos campos y esas escuelas, ¡en lo de nosotros! —contestó Justino, mientras hacía una «v» con la mano.

—Ya les traigo sus dos cervezas, bien frías como siempre, don Justino —dijo el patrón y salió a buscarles las bebidas.

Luego de un rato de conversa, los asistentes al club, quienes se habían arremolinado en torno a la singular pareja, comenzaron a pedirles algunos de sus reconocidos cuentos, como era ya una vieja costumbre. Después de dejarse rogar un poco, Justino les anunció que solo sería un par, porque ambos estaban agotados por el trajín de la semana. Además, les pidió a los atentos oyentes que eligieran el mejor de los dos cuentos, para zanjar una pequeña disputa que sostenía con Marcelina.

—¡Dale, Justino!, que nosotros escogeremos el que más nos guste —dijo el patrón, entre los gritos de entusiasmo del resto de los paisanos.

Justino miró con inmensa ternura los redondos ojos de Marcelina y se acercó lo suficiente al distraído rostro para susurrarle en la oreja de colibrí:

—Las damas van primero, querida.

Y Marcelina, como despertando de una prolongada siesta, con una voz de tenor constipado, arrancó con el siguiente relato:

La media resurrección

Ya Lázaro se había amoldado muy bien al asunto de «estar muerto», cuando lo despertaron unos gritos plañideros que reverberaron en la caverna. Se alzó tambaleante, tanto por el ropaje que le arrastraba, como por los tres días pasados sin bastimento. Cegado por la intensa luz que inundó la cueva, apenas pudo distinguir un tumulto alborotado que le besaba las manos, feliz de verlo salir de aquel encierro. En ese momento, Lázaro se sintió muy confundido, y al no poder articular palabra alguna, le dio por echarse a correr cuesta abajo, para refugiarse entre los montes hirsutos que rodeaban esos parajes, como lo hacía de niño a razón de alguna travesura. Cayó, rodó y se levantó varias veces, observando cómo un hombre que resaltaba entre los demás, detenía a la multitud, abriendo los brazos y diciendo con autoridad: «¡Dejadlo tranquilo, hermanos míos, dejadlo que termine de acostumbrarse a su nueva oportunidad de estar vivo!».

Cuando la noche dejaba ver solo algunas oscuras siluetas en aquel día sin luna, Lázaro aprovechó para colarse en la casa—cueva de su prometida. Se arrastró como un felino y se acurrucó al lado de la amada, tapándole la boca para que no gritase del susto, mientras le explicaba todo lo sucedido. Al concluir Lázaro su inverosímil relato, a la muchacha le dio un ataque de risa, y él debió continuar tapándole la boca para que el ruido no los delatara, y de aquella manera se quedaron dormidos, un poco más que abrazados.

A la hora del conticinio, Lázaro fue despertado por Marahia, quien estaba dispuesta a darle su primer «lavado de pies descalzos», para lo cual, con gran frenesí, le estaba terminando de romper los

pocos harapos que le quedaban. Al principio, un entusiasmado Lázaro se animó a prestarle ayuda, pero al notar que algo no andaba bien, y al incrementarse su natural nerviosismo, prefirió susurrarle a su prometida: «Sosiégate un poco, Marahia, hasta la hora del primer gallo, para cuando haya descansado lo suficiente».

Lázaro no durmió más. Esperó a que Marahia entrara en sueños, se quitó el resto de los harapos y los colocó con sumo cuidado sobre el lecho, dándole la forma de un cuerpo que se hubiese desvanecido. Luego salió con el mismo sigilo con el cual había entrado y se echó a correr sin parar, con la firme idea de que jamás ninguno de la aldea fuese capaz de encontrarlo, porque no estaba dispuesto a permitir que la gente hiciese mofa a costa suya, gritando en cada ocasión que él pasara: «¡Allá va Lázaro!, ¡el medio resucitado!». Fin.

Al concluir Marcelina su breve historia, los presentes aplaudieron con gran entusiasmo, hasta que el propio Justino los silenció alzando las manos en forma de megáfono, para iniciar, con su potente voz de barítono, su correspondiente relato:

La guerra de los Cien Años

—Me marchó a la guerra de los Cien Años, que acaba de decretar el rey —anunció desde lo alto de su imponente montura el apertrechado caballero inglés, mientras se inclinaban ante él todos sus fieles vasallos, incluida su mujer.

—Pero, amado mío, ¿quién me proveerá?, ¿quién me protegerá en vuestra prolongada ausencia? —preguntó angustiada la esposa, apenas levantando el afligido rostro.

—No os preocupéis por eso, mujer. Tan solo no olvidéis colocar cada mañana mi escudo de armas en la entrada de este vuestro sagrado lar; él os llenará de prestigio y os proveerá de la debida protección contra cualquier mal viento de desgracias que llegase a soplar contra vuestra fortalecida guarnición —respondió con orgullo el altivo lord.

—*Está bien, mi señor, confío en vuestra sabiduría —contestó la compungida dama—, pero, por favor —prosiguió—, no olvide su señoría que entre todas las llaves que estará pensando dejarme, deberá estar incluida la de mi cinturón de castidad.*

—*¿Y con qué sentido, mujer? —preguntó muy preocupado el noble señor, mientras intentaba conservar muy fría su sagrada sangre azul.*

—*Para poder moverme con suficiente ligereza, en caso de que algún inmenso, vigoroso, firme e imparables ventarrón de circunstancias llegase a derrumbar el portón de mi desguarnecida puerta —dijo la dama, inclinando de nuevo la cabeza para ocultar la leve sonrisa que se escapaba de su ruborizado rostro. Fin.*

Cuando Justino terminó el cuento, los aplausos fueron mucho menores a los otorgados a Marcelina; ante lo cual, como buen perdedor que era, respondió resignado:

—¡Ya está que me lo dijeron!, ¡me ha ganado de calle mi mujer!

Los presentes celebraron el buen humor de los artistas, y cuando sus manos sostenidas una sobre la otra, presentaron el sombrero de felpa, todos empezaron a colmarlo de monedas. Como siempre, el patrón fue el último en colaborar, dejando caer en el sombrero un pequeño atado de billetes, mientras le decía a Justino al oído:

—Tomá, eso es para que le comprés un vestido nuevo a Marcelina, que con el viejo ya se le asoman las pantalonetas.

Cuando la pareja iba de retirada, una sobrina del patrón que estaba de visita le preguntó si aquel hombre estaba loco, y él le contestó con el ceño árido:

—¡No digás bobadas, muchacha! Él y su esposa Marcelina fueron maestros rurales por más de treinta años y para su retiro habían planificado dedicarse a visitar escuelas, hospicios y hospitales; para consolar a los enfermos, viejos y desvalidos.

—Y entonces, ¿qué pasó? —preguntó la joven.

—Pues nada, que la muerte sorprendió a Marcelina; pero el maestro no iba a dejar que la insensible parca le arrebatara los sueños a él y a su mujer.

Y como pidiendo perdón, la muchacha se persignó al ver salir por el portón a don Justino cargando con harta delicadeza y singular ternura aquel hermoso costal de trapos viejos, el único e indispensable complemento de su vida.

Un tren al fin del mundo

Estando en la parada, con tres maletas esperando en el piso, le rogué a mi mujer que no se devolviese, mucho menos por una menudencia; pero ella no me hizo caso, y allá le tocó quedarse, tan tiesa como una estatua de sal.

De pasajero en el bus, camino a donde mis cuñadas solteronas, y con las tres maletas a rastras, me preguntaba si había hecho lo correcto abandonándola de aquella manera. Me respondí que había sido lo mejor, después de todo, de nada serviría perder el tiempo en los trámites legales. Eso hubiese estropeado el plan para salvar nuestro hogar de las garras de la desalmada nuera. De seguro, su comadre y única amiga —confiaba a ciegas en aquello— se ocuparía en sembrarla bajo la mata de mango del traspatio, donde ellas solían coger el fresco en las tardes veraniegas, recordando sus tiempos de muchachas bellas, cuando lucían amplios y coloridos faldones solo para que el viento las ayudara a coquetear con los mozuelos.

En un punto del camino, el colectivo interurbano se detuvo a recargar combustible, justo a la entrada de un triste y desaliñado pueblo. Aproveché para ir al baño de la estación gasolinera, desde donde se podía ver un viejo bus, que con un cartelito pegado con tirro al vidrio roto anunciaba tres horarios de salida hacia la estación ferroviaria, del que se acercaba el último, justo a las seis de la tarde. Siempre había tenido el deseo de subir a un ferrocarril y nunca lo había cumplido, sin contar, por supuesto, los paseos en *El Tren del Terror* de las Ferias de Mayo; así que, dándome un gusto de niño, decidí embarcarme al destartado autobús, que estaba vacío de gente y sin conductor. En la espera de la salida, seguía meditando muy preocupado por el destino del amado cuerpo muerto,

que se había quedado abrazado a un pedazo de friso, como si de una reliquia sagrada se tratase.

Al salir de la casa para tomar el ómnibus, la había dejado tal como lo habíamos planificado, con las luces apagadas y las puertas sin seguro; para que los vecinos se percataran de nuestra ausencia, de manera que los más aprovechados empezaran a llevarse los corotos y los más audaces, a ocuparla. Era la única vía que teníamos para ganarle la partida a la viuda, la esposa de nuestro hijo muerto.

Estando en aquellos pensamientos me interrumpió un muchacho, el colector del autobús del que me había apeado, quien se asomó a la puertecilla para avisarme que había olvidado dos de mis maletas. «Quédate con ellas, están llenas de basura»; le dije, lo cual era muy cierto: la grande portaba ajuares de mi mujer, que ya no servirían para nada, y la mediana con cosas de ambos, que tampoco serían muy útiles, quedándome solo con el bolso de mano, lleno de artefactos personales.

—Señor, ¿qué hace aquí? —escuché que me decía una carrasposa voz.

—Voy a tomar el último tren, por supuesto.

—Mire, señor, hace unos cuantos años que no llevo a nadie. Solo me estaciono para cumplir mi horario, y luego me regreso a casa —me contestó la voz.

—Le tocará por hoy dejar esa costumbre —le advertí.

—Su pasaje no me alcanzará ni para el gasoil —se quejó.

—Le pago los tres puestos —le dije, mientras me acostaba usando mi pequeño bolso de almohada.

Un rato de silencio delató el pensamiento de la voz carrasposa, hasta que tomó una firme decisión:

—Está bien, señor, lo llevaré gratis, con la santa condición de que charlemos mucho durante el camino. Tengo bastante tiempo sin contarle mis cosas a algún fulano.

Y en efecto, durante el trayecto, el hombre relató bastante de su vida, como la de trabajar desde chico en la Compañía Ferroviaria Nacional; empezando como jardinero, pasando como guardagujas, ayudante del maquinista, hasta quedar como chofer de aquel destartalado autobús. Contó que nunca le dio por casarse, porque le bastaba ser el amante de la taquillera de la estación ferroviaria, quien, al final, lo dejó cuando se enteró de que el marido lo sabía todo y aquello le quitaba el aliño al puchero.

Mientras el sujeto hablaba, yo intentaba sacarme la imagen del amado cuerpo, recostado al piso, con los ojos apagados, tan luminosos que ellos habían sido, como dos soles recién nacidos. Me apenaba haberlo dejado allí, tirado, como un saco roto de sal; pero era la única manera de cumplir nuestra penúltima meta de vida, la de arrebatarse la casa a nuestra desnaturalizada nuera. «¡Desgraciada!», se me escapó un grito, y el chofer estuvo de acuerdo: «Cómo me iba a dejar después de tantos años, ¿dizque porque ya no la *esitaba*?!», dijo él, tragándose una gruesa bola de saliva.

El conductor siguió contando asuntos de los cuales hubiese preferido no enterarme; como de las veces que le hizo el amor a la taquillera, aupado por los vaivenes del tren. «¡Ay, que me muero!», gritaba ella, mientras el vagón atravesaba por una larga hilera de baches.

También contó que su mejor amigo, que hacía de todo en la estación, prefería irse los días de cobro a emborracharse con él, en vez de con su mujer, a descansar el fin de semana. «Él fue mi mejor y único amigo —me dijo, tragando grueso— hasta que nos separaron las circunstancias del trabajo», prosiguió, casi llorando.

Más tarde me ganó el sueño y no escuché más nada de lo que el conductor decía, hasta que él mismo me despertó, sacudiendo mis piernas cuando arribamos a la estación del tren.

—Ya sabe, busque a la taquillera o al señor que hace de todo, que tienen el deber de hacer que usted se suba a ese tren, aunque es posible que no estén hoy aquí. Ellos son esposos y, como yo, solo de vez en cuando cumplen el horario de trabajo —me aconsejaba el chofer, al tiempo que yo me introducía al abandonado edificio, caminando sobre una alfombra formada por hojas muertas y otros restos orgánicos acumulados.

—¡Oiga!, ¿cómo me dijo que se llamaban sus amigos? —le grité al conductor, pero él no me respondió.

Me devolví unos pasos, me asomé a la portezuela, pero el chofer ya no estaba. Di varias vueltas al autobús, sin lograr localizarlo. Me sorprendí al notar que aquel transporte estaba más destartado de lo que hubiese imaginado, con los rines asomándose entre los desinflados cauchos. «Quizás ese chivato sufre de incontinencia y se fue corriendo a desgajarse en el monte», me dije para tranquilizarme y no seguir esperando la respuesta.

Dentro de la estación, me dediqué a buscar al encargado y a su mujer, la inquieta taquillera, pero no tropecé con nadie, así que me acosté en una podrida banqueta de madera para esperar el tren. Allí seguí torturándome con la imagen de mi señora abrazada al pedazo de friso, que, según ella, poseía la sagrada sombra de La Pastora. Quizás la tozuda se regresó para desgajar el trozo de pared y no aguantó el esfuerzo, o en el proceso se cayó y se golpeó la cabeza. No sé, no tuve tiempo de inspeccionar su cadáver. Me ganó la prisa por abandonar la casa, para que fuese ocupada antes de que se enterara de nuestra huida la malvada viuda.

Al poco rato, estando adormilado en la banqueta, escuché los pitidos del tren, que saliendo de la nada se acercaba sin ninguna prisa, como un viejo y cansado caballo de arado. Al lado del único andén estaba encendida una lámpara de mano,

la cual elevé, dándole giros en el aire, tal como me había contado el conductor del bus que lo hacía su amigo, para que el tren no pasase de largo. ¡Y lo logré! Con asombro y alegría lo vi detenerse, chirriando las ruedas de acero sobre las oxidadas vías. Me quedé expectante, esperando que alguien se bajara a dar instrucciones, pero no se asomó nadie, y el pequeño convoy se mantuvo estacionado, tosiendo un humo negro por su pequeña chimenea. Parecía el ferrocarril de un cuento para niños.

De repente, se sacudió la bestia de fierro, lanzó tres largos pitidos y reinició su marcha, lo que me obligó a subirme apresurado al vagón del centro. Tambaleante, me dirigí hasta los últimos asientos, acomodé el bolso como almohada, para intentar quedarme dormido, lo que logré a duras penas, por las pesadillas que se entreveraban con los sueños.

En aquellos sueños vi cómo mi mujer y yo levantábamos aquel hogar, envidia de todo el vecindario, mientras crecía nuestro único hijo. Ella había recibido un humilde rancho de sus padres, al que convertimos en una próspera granja, con ayuda de un préstamo hipotecario, decía yo; y por la gracia de la Divina Pastora, decía ella, mientras le rezaba a una mancha triangular que había dibujado la humedad sobre un pedazo de pared. En ese sueño feliz vimos crecer a nuestro hijo, graduarse y unirse en matrimonio con una leona pelirroja que, aunque era absolutamente bella, nunca sonreía, y mucho menos nos hablaba.

Luego se atravesaron las pesadillas, como cuando mi hijo nos iba a visitar y lloraba desconsolado, porque su mujer le exigía cada vez más y él se endeudaba hasta las coyunturas. O del día que mi mujer me esperó destilando un llanto ácido, al descubrir, revisando al descuido unos papeles foliados, la supuesta venta de nuestra granja a la pelirroja. Ella no lloraba por la propiedad, sino por lo resaltante de la rúbrica de nuestro hijo.

Un seco salto del tren terminó sacándome de la más reciente pesadilla, cuando nos fue a visitar la viuda, vestida como de fiesta, para decirnos entre sonrisas sarcásticas que no nos preocupáramos, que ella nos haría el favor de dejarnos vivir en su propiedad hasta que nos muriésemos; que debería ser tan pronto como fuese posible, para poder salir de las deudas que le había dejado su inútil marido. «¡Desgraciada!», me despabiló mi propio grito, que salió prendado a un largo chirrido que emergía de entre las ruedas del tren.

Al sentir la necesidad de hablar con alguien, para saber hacia dónde me dirigía, decidí llegar hasta donde el maquinista, cruzando en vilo los engarces entre los vagones, que se bamboleaban en rítmicos movimientos, imaginándome dónde hacían sus travesuras el chofer y la taquillera.

El compartimento contiguo estaba vacío y era absolutamente idéntico al que acababa de dejar, y así pasó con los dos siguientes. Tanto se parecían que me imaginé algo ridículo: que había un único vagón. Pero luego comprobé que no era una absurda idea, cuando para mi sorpresa encontré colgando mi bolso en el último puesto. Aquello me dejó aturdido y decidí atravesar varias cabinas en reversa, con el mismo resultado: siempre arribaba al mismo lugar, con el bolso sirviendo de singular testigo.

Al sentirme atrapado en el bizarro tren, muy pequeño, pero interminable, me resigné a seguir marchando hacia ninguna parte, recostado al bolso-almohada, adormilado, quizás para siempre. Una serie de enormes saltos me despabilaron, y me pareció oír gritar a una dama: «¡Ay, que me muero, dios mío!».

Después de escuchar el fantasmal grito, me levanté muy alerta, y al alzar la vista me sorprendió ver, varios puestos delante de mí, la cabeza de una inquieta hidra. Me levanté y me fui acercando hacia la fogata de pelos, que se batía con la

fuerte brisa que entraba forzada por la ventanilla semiabierta. Cada vez más cerca, la cabeza se parecía más a la de mi esposa; por su forma redondeada, como un tierno *pan cabeza de mono* y por su inconfundible color de panoja desgranada. Al ver por completo a la pasajera, casi me desmayo, y no terminé de caer al piso porque fue ella la que me sostuvo, mi mujer.

Apenado más que aterrorizado, reposé mi cabeza sobre sus senos, mientras ella me la sobaba con ternura.

—Estate tranquilo, yo fui la culpable, no debí haberme devuelto «por aquella menudencia», como tú le dices a la venerable aparición de la divina patrona.

—Pero, querida, ¿cómo hiciste para seguirme y alcanzarme, si yo mismo no sabía hacia dónde me dirigía?

—Esos son misterios de la vida, o no sé si de la propia muerte, porque yo tampoco sé cómo lo logré. Lo importante es que estamos aquí, más ligados que nunca, sin cosas materiales que nos importunen.

Y aquel tren nos fue llevando hasta el fin del mundo, mientras la brisa carcomía nuestros cuerpos que, convertidos en estatuas de sal, se derrumbaban el uno sobre el otro. Al fondo se escuchaba aquel agudo grito de amor entre el chofer y la taquillera, que parecía haberse quedado esculpido entre el roce de los aceros, en un reverberante eco.

Cuando el tren arribó a la última estación, unos jóvenes caleteros empezaron a descargarlo. Uno de ellos encontró dos sacos rotos de sal en el abandonado y desvencijado vagón de pasajeros.

—Patrón, ¿qué hago con estos dos?, parece que alguien intentó meterlos de contrabando.

—¡Déjalos ahí! Más tarde vendrán los más pobres del barrio y se encargarán de llevárselos, para intentar salvar sus insípidos sancochos domingueros.

Sombras, nada más

La lluvia arrecia, pero eso no me apura. Empino las solapas del sobretodo, ladeo el ala del sombrero y todo queda resuelto. Me preocupa, tal vez eso sí, tu suerte, compañero de toldo, porque apenas te proteges con un trozo de cartón que se cimbra con cada gota desmembrada. Me ofreces ayuda, pero yo ni por el carajo te la acepto. ¿Qué te habrás creído? ¿Que tu elegante aspecto te permite sentir lástima por los menos agraciados? «¡Váyase usted a la porra!», casi te lo digo, pero el verte a esa edad y en tu lastimera condición, hace que se me arrepienta la boca.

Un repentino apagón de la lluvia nos despabila y, al reanudar la marcha, nos tropezamos, compartiendo una mirada despreciativa a través de la vidriera que relumbra al fondo del lujoso toldo.

Voy pensando en mi poltrona, en la revista de novedades tecnológicas y en la taza de cocoa caliente, pero otra vez distraes mi atención, cuando apuras el paso chapoteando sobre los charcos de la acera, a los que enturbias con tus asimétricas pisadas. «Ese no es mi problema», me digo para tranquilizarme, «¿quién te manda a salir tan fino y elegante en un día de tanto aguacero?!».

Intento no preocuparme por ti, que caminas como un avejentado bebé, cayéndote hacia adelante; pero al imaginarte displayado, como un brillante virgo en el oscuro cielo del pavimento, me insinúa demasiada desgracia para dejarla pasar por alto. Creo que sobre esa base decides seguirme, como un elegante Quijote, con tu flamante traje fungiendo de reluciente armadura. Yo una vez más te ignoro, apurando el paso mientras esquivo las lastimeras miradas de los huérfanos de la lluvia, que insisten en aferrarse a mis zapatos.

Sigo detrás de tu pesada marcha de viejo, viéndote estirar el brazo para marcar distancia con los muros que te resguardan mientras te indican la ruta, por ahora también la mía. Cada uno de tus pasos es una hazaña cumplida, como si tus desgastadas zapatillas estuviesen impregnadas de un mal amalgamado estuco.

Aun con las precauciones que como galán otoñal has tomado, detecto tu altiva presencia y te lo hago saber a través de una irónica mirada de soslayo, al tiempo que aprieto la marusa de remedios que llevo apretada bajo el sobaco izquierdo, protegiendo mis invaluable pertenencias; no fueses a resultar un avispa atracador de viejos, disfrazado bajo aquella insultante elegancia.

Temo lo peor al verte trastabillar en una bocacalle y me apresuro a colocarme a tu costado, a lo cual correspondes irguiéndote lo más alto que te permite la precariedad de tu condición física. Y así marchamos de allí en adelante, como dos viejos hermanos gemelos disgustados.

Aprovecho un claxonazo que te despabila para dirigirte algunas palabras amistosas que te tranquilicen acerca de mis intenciones. Yo no te respondo nada, haciéndome el pendejo, como quien solo escucha desgastadas historias declamadas por un nostálgico y desmemoriado viento; hasta que casualmente pasamos bajo el fresco manto de un nazareno disfrazado de apamate, que parece bañarte de gratos recuerdos, pues, de repente, se te despeja la florida garganta.

Me cuentas sobre tu huida de la casa paterna cuando eras un encausado rebelde de veinte años. Rememoras tu viaje a las tierras del sureste, donde te orillaste a la enigmática Selva Orinoquia, donde testificaste cómo entraban siete y salía uno, con las alforjas cargadas de paludismo y de ausentes pepitas de oro.

Me haces escuchar con fastidio sobre tu aburrida vida de estudiante universitario en un colegio de la *jai* y de tus

actividades de «niño bien», que adoptaste a los veinte, tan pronto te marchaste a vivir con unos acaudalados tíos. Haces gala del ramillete de novias que poseíste, de donde te tocó escoger a la mejorcita.

Tú, desgastado contertulio, recuerdas cómo trece años más viejo y avezado, regresaste con algo de cobre en los bolsillos, pero que no pudiste restregar en la cara de tus viejos, porque ya estaban muertos y enterrados por una fiebre de tristeza.

Orgullosa, me cuentas sobre tu grandiosa fiesta de graduación y sobre los consiguientes años de calavera viviendo a expensas de tus parientes. Relatas la ladina manera de esparcir una fama de matón, de cacique en las minas de las tierras del sur, cuando en realidad solo te dedicaste a organizar sindicatos que le sacaban provecho a obreros y a empresarios de aquella remota zona.

Con entusiasmo detallas cómo te asociaste con tus cuñados que tenían mucha plata, pero que les faltaban cojones para los buenos negocios; de los que terminaste siendo su administrador universal, pero cuya condición acabó bruscamente cuando te descubrieron en tus marramuncias, que causaron que te defenestrasen *ipso facto*.

Me confiesas sin ruborizarte que te arropaste con tu traje de mafioso de segunda para montar una inmensa bodega que no permitía rivales a menos de cuatro cuadras de distancia, asegurándote una clientela fija y los favores de las caseritas del barrio, quienes aprovechaban las grandes ofertas de la trastienda, al tiempo que se vengaban de los maridos que se iban a buscar trabajo bien lejos, dejándolas a su suerte, sin recordarse de sus necesidades de bastimento y de consuelo.

Me enumeras con inflado orgullo las triquiñuelas para vivir de los dividendos de la bolsa de valores, de los fondos de las cajas de ahorro y de las inversiones mutuales a plazo fijo.

En un breve descanso de la marcha, con el hombro derecho sosteniendo a un derruido muro, me comentas que a ti no te dolía tu condición actual de falsa pobreza, la cual más bien te convenía para mantener alejados a esos desocupados malvivientes que ahora pululaban como piojos salidos de las greñas de los callejones que habían crecido sobre los hombros del antiguamente cuadrículado barrio, sino la indiferencia con la cual eres tratado por tus antiguos mandaderos, porque ahora ya no vales nada para ellos.

Acusas un amargo duelo, porque no te solicitan como antaño para hacer bautizos, cumpleaños, matrimonios o funerales; o porque no toquen apenados a tus puertas en la madrugada, para pedirte prestado para las cuentas de un catafalco o solicitarte huacales para clavetear uno pequeñito y acostar a un difunto infante.

Me cuentas que te hiere en sobremanera que tus antiguos socios no te consulten para invertir en la bolsa de valores, para la elección del presidente del club o de la reina de la primavera, y que te ofusca que ya no te saluden los hombres inclinando cortésmente el sombrero, ni las mujeres empujando con coquetería los bordes de sus floridas faldas.

Ya en el vano de la puerta de tu vivienda, no te queda otra opción que dejarte tocar los hombros, y así te puedo conducir entre las penumbras hasta tu destartalado dormitorio, donde te recibe un triste y chillón camastro.

Resignado, me señalas sin hablar una mesa donde reposa una hilera de frascos de medicina, a los que tengo que cargar como un racimo de niños de pecho hasta tu cama. Tú los manipulas como si estuviesen embarrados de cagarrutas, asiéndoles con las puntas de tus immaculados dedos. Te los muestro uno por uno y tú, con un huesudo y tembloroso índice, escoges un frasco marrón, al cual yo le quito la tapa, la llevo y te doy a tomarte un trago. No sé lo que habrás pensado,

altivo señor, con la pose de quien por hacerme ese pequeño favor estuviese conquistando el cielo.

Te miro adormitarte vigilando mi sueño, mientras me aconsejas que no camine por esas calles, tan solo y desvalido, porque ya nuestros huesos no están para tantos severos trotes.

Viéndonos dormir con gran placidez y al conocernos tan a fondo, estoy seguro de que al siguiente día tampoco nos haremos caso y no dejaremos de marchar para cumplir con nuestros inútiles deberes, sin importarnos la opinión de quien tiene menos peso que el de una sombra. Una sombra que se proyecta desde el umbral de una falsaria vida, la que se bifurcó a nuestros veinte años. Aquella que pudo haber sido, pero que nunca fue ni será, y por lo cual Dios nos eximió de todos sus inútiles pecados.

Nosotros y aquellos

«¡Nosotros somos nosotros y ellos son aquellos!», gritaba nuestra enfurecida madre, con el brazo levantado en señal de una inevitable sentencia, delante de la más incómoda de nuestras interrogantes. Respondía tal como se lo habían hecho a ella, a su madre y a toda una centenaria cadena de abuelas.

Aquellos descendían el último domingo de cada mes, deslizándose en silencio por el lomo de culebra que era mi pueblo, adormilada sobre una estribación de la sierra, con la cola verde en alza y la cabeza amarilla hundida en el barro del bravucón río, que solo pasaba para librarse del sucio de las ramas y de los animales muertos, restregando su cuerpo en las costillas de los adormilados cerros, antes de alejarse, límpido y transparente, a recorrer los caminos abiertos en los displayados sabanales.

Nosotros los esperábamos con impaciencia, mientras se disfumaba la neblina de la noche llevándose los aromas de mi-che, pan de horno y café cerrero; sentados frente a las viviendas, con las mercancías apiñadas, listas para el intercambio: artesanías de cobre, anafres, platos y ollas; objetos de madera, sillas, banquetas y otros diversos e inservibles artilugios. Algunos presentaban preparados comestibles, como pasteles, jugos y todo tipo de dulces abrillantados. Ellos, a cambio, nos ofrecían manojos de plantas sagradas, raíces, hojas secas, flores raras, sales de animales disecados, menjurjes y otros preparados mágicos que preservaban en envases hechos con trozos de carrizo, cocos y totumas. Todos aquellos santos remedios que curaban nuestros más urgidos pesares; casi todos nacidos de amores no correspondidos, de mal de ojos lanzados por vecinos envidiosos o de las condenas de un traicionero cura de parroquia, quien combatía con maldiciones nuestra profana existencia.

Ante la más indiscreta de mis preguntas, mi madre me había volado la jeta, de tal forma que no pude hablar por más de una semana. Yo solo quería saber si una de las nuestras podría, tal vez, matrimoniarse con alguno de aquellos.

En los portales negociaban los hombres, hablándose con señas, al tanto que nosotras mirábamos curiosas, asomadas por los abigarrados ventanales, colmados de tastos con flores exóticas traídas en lejanos tiempos de otros lejanos lares. Mientras aquellos señalaban las mercancías con uno, dos o tres dedos, sus mujeres seguían cuesta abajo, buscando al río, arrastrando *carretás* de niños y ancianos. Los más veteranos enseñaban a los más jóvenes, incluyéndolo a él, el más especial de todos ellos. El muchacho de los grandes y lanceolados ojos, como las brillantes hojas de los mangos; el que tenía el lustroso pelo recogido en cola de caballo y unos largos y fibrosos brazos de bejuco, con los cuales podría columpiarme dichosa, sobre los claroscuros remolinos, en abierto desafío a las salvajes aguas que enfriaban la cabeza de mi adormilado pueblo.

¿Por qué éramos tan iguales y, a la vez, tan diferentes? Nosotros con nuestros rubios cabellos rizados, mejillas coloradas y brazos regordetes. Ellos tan delgados como ramas del rabo 'e ratón, con el húmedo cabello azabache en cascada sobre los enjutos rostros de cera. Nosotros hablachentos, dicharacheros, ordinarios; ellos tan callados y discretos, siempre rodeados de aquel insondable misterio. Nosotros con ropa sobrante, sombreros, enaguas y sobrefaldas; mientras ellos muy simples, arropados con ligeros ponchos de cáñamo y graciosos sombreros hechos con las pieles curadas de animales silvestres.

En los domingos mágicos, aquellos se divertían acampados a orillas de la bravía corriente. Todos se bañaban desnudos, mientras lavaban y tendían sus ropas sobre las milenarias rocas que abrillantaba el sol del mediodía. Pasaban la

jornada contándose historias centenarias, cantando, bailando al son de tambores de cuero de venado; cocinando en fogones de piedra, que esparcían olores vivos, a piel quemada de animal almizclero macerada con las vituallas y las yerbas silvestres de cada temporada.

Antes de apagarse el día, colorado de la vergüenza por haber presenciado tantas desnudeces, ellos subían de regreso empujando a la chorrera de niños y de viejos, quienes tan enjutos como todos, nunca miraban hacia donde estábamos nosotras, que los despedíamos con miradas nostálgicas, para esperar otro largo mes, entre los nervios revueltos con las ansias, que se colaban por debajo de los faldones para enrollarse como ágiles serpientes entre nuestras acaloradas piernas.

«¡Ni la peor puta de nosotros se casará con uno de esos salvajes!», me gritó mi madre, segundos antes de asestarme la bíblica bofetada que me trastocó la vida, cuando aprendí de aquella rústica manera que ellos en verdad no eran los salvajes de las historias que nos contaban los abuelos, borrachos de aguardiente y dolor, entre las pausas de los rezos en los funerales.

Un domingo muy temprano, me había fijado que el muchacho de los brazos de bejuco me enviaba señales con un medallón que llevaba colgado al cuello. Mientras su padre negociaba a dedos con el mío, él lo movía de un lado a otro, lanzándome estrellitas de luz que contenían un mensaje. No pude descifrarlo del todo, pero sí entendí que él quería verme, para luego darme más detalles de la boda que, de seguro, él estaría planificando para darme una sorpresa. Eso ocurrió justo un día antes de la salvaje cachetada y, por eso, en clara premonición a la violenta reacción de mi progenitora, yo solo lo miraba del medio lado que no estaba colorado, por una vergüenza desconocida.

Desde aquel feliz domingo quise entender cómo podría llegar a ser una más de ellos, a pesar de mi cabeza bermeja y de los tantos holanes que llevaba para cubrir las traslúcidas formas de mi cuerpo, que por esos días crecía sin pausa ni medida, como los salvajes mogotes que aparecían en los valles abiertos entre las ocultas colinas, que se alimentaban con los ríos de zumos orgánicos desechados por la naturaleza, que arrastraban y hedían a animales muertos.

A partir de ese día empezó a preocuparme mi chirriona voz, que a mí misma me atosigaba, a causa de mi insoportable verborrea. Tanto como mis pechos, comenzaron a crecer mis dudas, al pensar en mi naturaleza tan opuesta a la de aquel muchacho. Yo, inquieta, soberbia, arbolaria, atorada; mientras él, más paciente que la luna, más discreto que la media noche, más callado que el tímido conticinio, que apenas se asomaba en algunas madrugadas.

Todo se lo conté a mis primas, que vivían muy cerca de la cola de la culebra; y ellas, harto emocionadas y solidarias, me invitaron a su casa para el siguiente fin de semana, donde me prometieron que me arreglarían muy bella, prestándome sus más lindas vestimentas, para que se las luciera a él, al muchacho de los brazos de bejuco, de ojos de culebra y de piernas de tigre mariposo.

Supe que tendría una oportunidad de oro, porque en los siguientes días caerían muchas lluvias, con las naturales postergaciones, cuando el río estaría más sucio y bravío que nunca, sin dejarles espacio para sus jolgorios. Ese domingo no lo vi, pero no me puse triste, pues comprendí que él no había sabido de mis maniobras con las primas y, por lo tanto, habría estado desprevenido. Pero ya sabía que él era muy inteligente, tanto para que hubiese inventado un código exclusivo para ambos y como para saber enviarlo con destreza, moviendo hábilmente el medallón, para que rebotase hacia

mis ojos la cadena de relumbrantes símbolos. Supuse entonces que, de seguro, él me esperaría en algún cruce de los caminos circundantes.

Aprovechando que los parientes permanecían ocupados en sus deberes, apenas vi pasar a la última fila de aquellos, salté la pequeña verja de palos de mis tíos y empecé a seguirlos, lo más discreto que me permitía mi colorida y amplia figura. Sería mi primera noche fuera de casa, sin comodidades, al descampado. Estaba llena de un miedo que ocupaba todos los espacios de mi cuerpo, a excepción del lugar reservado al corazón, que se sentía tan valiente como nunca, urgido por ser uno más de ellos, y latir al ritmo de sus tamboretos de cuero.

Aprendí lo que significaba caminar por una trocha, con la cara golpeada por gigantescas hojas que te llenan de agua la cara, como una impertinente lluvia lateral; a sentir que te hundes en un fango de hojas muertas, entre el crujir de ramas y de los huesos rotos de animales enterrados; de cómo la maleza te abraza, te asfixia, te llena de abrojos, te pica y te salpica de pequeños escupitajos que te arden en la cara, en los brazos y en las patas del animal en el que se va transformando tu cuerpo, debido a la hinchazón, el esfuerzo, el miedo y la humedad acumulada.

Atosigada por el cansancio, fui largando mis inútiles vestimentas, quedándome solo con las enaguas, que también se deshilachaban como el resto de mi cuerpo. Deambulaba muy callada, por primera vez en mi vida, solo atenta a los rumores que me precedían en el camino, que zigzagueante apuntaba a un incierto y lejano norte.

Tuve que cerrar los ojos, que ya no me servían de nada, para abrir muy bien los oídos y diferenciar los ruidos propios del monte de los que ellos iban largando como migajas de un elusivo rastro, al que se iban tragando el cloqueo de los pichones

en los nidos, los silbidos de los gavilanes en las ramas, el guarrido de los cerdos montaraces y el ululato de los mochuelos; todos como yo, alborotados en época de celo.

De repente alguien encendió la noche, y un silencio negro se hizo presente. Tuve que detenerme, paralizada, sin tener qué hacer y a dónde ir. Sumergida en aquella laguna oscura, sentí que navegaba hacia mí una inesperada presencia. Era algo que se movía con sigilo, con una espectral respiración sibilante. Dibujada en los ruidos de los arbustos aplastados, podía seguir sus rondas, que se acercaban en una espiral cada vez más cerrada, con el foco puesto sobre mí. Presentí que, tal vez, podría ser él, tan sorprendido y emocionado como yo.

Abandoné mis dudas cuando él, en un torpe intento de caricia prenupcial, me rozó con sus brazos de bejuco vivo. Una cómplice brisa movió una alta enramada, que dejó colar una pestaña de luna, y con aquella miseria de luz pude admirar sus inconfundibles ojos: agudos, lanceolados, punzantes como flechas; dos fugaces fogones que me alumbraron con inusual ternura, que asomaron el ansia por comerme viva, de tragarse en un bocado mi corazón de fruta, ansioso, palpitante, rendido ante su majestuosa presencia.

De improviso, él se abalanzó sobre mí, rodeándome con sus potentes brazos de serpiente. Convertido en un animal salvaje lamió mi cara, con una lengua áspera pero suave, como el jabón de alambre alcanforado con el que espantaban las fiebres de mi infancia. Luego, con más delicadeza, ya a sabiendas de que yo era una víctima resignada al dulce sacrificio, él dejó caer sobre mis hombros sus enormes ramales, para ir rodeando sin prisa todo mi cuerpo; comenzando por la impaciente cintura, que se cimbró frente a su potente presencia. Ardiendo ambos en fiebre, que se percibía en la cálida transpiración de nuestras dermis, nos fuimos intercambiando las ansias. Él se bebió mis aguas, rasguñó, cortó mis carnes;

con placer probó con su dulce lengua partes de mi cuerpo de las cuales ni siquiera había imaginado su existencia. En un incesante intercambio de fluidos corporales nos fuimos diluyendo uno dentro del otro. Y estando tan fundida en él, entendí que de ahora en adelante no habría más de estos o de aquellos, que simplemente seríamos un único nosotros.

Después de haberse celebrado aquella inesperada boda, sus parientes, en su natural sabiduría, comprendieron que ese no sería un adecuado lugar de existencia para mí, y decidieron agasajarme por tres días, antes de regresarme con mis familiares.

El primer día me fabricaron un hermoso vestido de novia, de un colorido verde oliva, utilizando hojas de plátano entretrejidas con los hilos tomados de los matapalos. Sobre mi otrora impoluto cuerpo colocaron adornos aromáticos y me bañaron en un riachuelo de aguas gélidas, untándome con emplastos de mastranto.

Durante dos madrugadas me celebraron sendas fiestas. En la primera, me acostaron cubierta con mi hermoso vestido verde, al centro de un círculo dorado formado por fogatas que apuntaban a sus ocho puntos cardinales. Bailaron a mí alrededor, cantaron en una jerga incomprensible, pero que traslucía un evidente amor por alguien que hasta ese entonces no había sido una de ellos.

En la segunda, se sentaron a mi derredor, portando lámparas de brea, que movían pausadamente. La señora más hermosa y vieja de todos ellos me bendijo con un canto tan triste y melancólico que me obligó a verlos llorar por primera vez desde que los había conocido. Ella esparció sobre mí una líquida bendición, hecha con una mezcla de tierra, agua y cenizas, mientras la sonrisa de una media luna se asomaba entre los ramales de las inmensas ceibas que protegían a mi nueva familia, para ser la testigo principal de la gran fiesta

que era, a su vez, de bienvenida y despedida; la que habían hermosamente preparado para recibir y despedir a su nueva hija, su reciente nieta, la singular nuera que tenía los cabellos como los cerros encendidos en las sequías.

Antes del amanecer del tercer día, ellos me dejaron reposando en el portal de mi casa. «Parece una gigantesca jayaca», de seguro habría dicho al verme mi imprudente hermano; pero esa fue la simple manera con la que ellos lograron juntar las hilachas de mi cuerpo, al que habían encontrado esparcido sobre una ingente macolla, que había servido de improvisado tálamo para aquella inefable noche de bodas.

A la cima del mundo

Desde mi posición podía ver las cosas más bellas del mundo. Al fondo, un desplayado cielo bermejo cruzado por ángeles de desgarradas alas; al frente, los lustrosos cabellos de Magdalena, que me saludaban azuzados por el viento.

En aquel justo momento, convertido en *muyvaliente*, estiré las manos para entrecruzar mis dedos con la medusa; pero ella, como huyendo de mí la condenada, le dio por arrojar al precipicio. Sin pensarlo y sin temor alguno, me lancé tras ella, porque para eso me había transformado. Vi pasar el cortometraje de mi vida, empezando por los inmensos senos de mi madre que me atragantaban, la barba de alambre de mi padre que me rasguñaba, las afiladas uñas de mi hermana que me pellizcaban, los ojos saltones de los camaradas que en clase me atosigaban; y a toda esa serie de fatigantes personajes a los que fui apartando con desespero, intentando liberar mis brazos para detener la caída de la chiquilla.

¡Y lo logré! Con mis ansiosas manos tomé por los hombros a la muchacha y la sostuve con gran esfuerzo, mientras ambos gritábamos al ver las sucias marcas del suelo que con gestos amenazantes se aproximaban. Yo, aun estando *muyvaliente*, no pude con el terror y cerré los ojos esperando la estrellada.

¿Marchamos los dos fundidos para el cielo?, me preguntaba al sentir una fresca brisa que nos elevaba como a una inocente nube hecha con los retazos de los ángeles, y me atreví a entreabrir los ojos para no perderme del espectáculo que detrás se iría quedando.

Con la cabeza gacha entre las piernas, miraba al suelo gris que se retiraba haciendo muecas con sus horribles manchas. Hacia el norte, las verdiazules colinas occidentales se

burlaban a la distancia de mi conducta. Al oeste, los grises cerros pelones que protegen a La Pastora parecían mirarme decepcionados por mi reacción durante la caída. Mirando hacia el naciente, pude distinguir una montaña con cabeza de tigre, en alerta vigilancia sobre La Ciudad del Fuerte que, en una sensual espera, reposaba entre sus protectoras garras. Rumbo al sagrado sur, divisaba las bendecidas tetas de la Madre Leonza, apenas cubiertas con los colorados cabellos que brotaban de entre los maizales, peinados aquella gloriosa tarde en rítmicos oleajes por los gentiles vientos alisios del noreste.

De repente se detuvo todo movimiento y estuve seguro de haber alcanzado el cielo, cuando vi los ojazos solares de la Magdalena, quien me sonreía agradecida por haberla salvado y permitirle estar allí, *muyfeliz*, en lo más alto de la noria.

Y en aquella cima del mundo nos quedamos los dos muy juntos, temblando de la emoción y listos para repetir una y otra vez aquella sempiterna aventura.

La catirita del frente

I

Hube de llamarla así por muchos años, porque nunca estuve seguro de su verdadero nombre. La conocí el primer día de unas vacaciones escolares, mientras cumplía a regañadientes con la tarea de recoger veinticuatro arepas en casa de doña Chepa, una faena que se suponía alternaría con mi hermano en las albas del tórrido verano.

La primera imagen que retengo es la de una muchacha recostada en el vano de una destartalada puerta, quizás como soñando, tal vez como resignada. Era una vieja casa que estaba ubicada al frente de la fábrica de arepas, la que apenas se sostenía aferrada al plexo de caña brava de las derruidas paredes. Una escena muy peculiar: una jovencita muy delgada y en extremo rubia, al borde de la incandescencia, vestida como para ir a misa, con el brazo izquierdo en columna para sostener a la desmigajada casa y con la mano derecha en visera, mirando con embeleso hacia el sol naciente.

Ese primer día terminé con el mandado de recoger las arepas, no sin antes cumplir con la voluntaria tarea de moler algo de masa, por lo cual nos regalaban una deliciosa paledonia. Al salir curioso para continuar detallando a la muchacha, ella ya había desaparecido. Eso produjo algo muy raro en mi espíritu, algo que muchos años después supe que se le llamaba desazón. Desde aquella primera ocasión mi hermano se acomodó tranquilo a mi petición de ser oficialmente designado como el único «muchacho de las arepas», y yo emocionado de tener cada mañana una gran aventura.

Todos los días de esas vacaciones cruzaba la última esquina y caminaba lo más lento posible, para ver salir a la chica, como siempre, muy bien arreglada. Yo intentaba adivinar con

cuál de sus vestimentas me sorprendería, porque con el transcurrir de las jornadas me fui haciendo un inventario de toda su ropa, descubriendo que tenía dos pares de cada prenda, que incluían vestidos, blusas, faldas, cinturones anchos de cuero, zapatillas y cintillos de tela. Ella combinaba sin ningún sentido de armonía aquellos trapos, pero todo le quedaba especialmente lindo. Mi preferida era la combinación de los colores amarillos y dorados, porque me la imaginaba como a «la hija del sol naciente», que salía con la tarea de despertar al adormilado padre.

Todas aquellas mañanas, en vano, intenté llamar su atención. Antes de entrar a la fábrica, carrasqueaba, me frotaba los zapatos, dejaba caer el bolso de cocuiza, tosía como un tísico moribundo; pero nada, la pequeña ninfa solo se ocupaba de saludar a su padre, al tibio sol naciente, sin mirar para otro lado. Cuando salía cargado con las arepas, ella ya se había ocultado tras la cordillera de la destartalada puerta.

Uno de esos días, intentando hacer contacto con la muchacha, me fui corriendo hasta la fábrica con diez minutos de antelación; pasé por su puerta y le dejé en el piso una hermosa manga que había recogido del patio de mi casa. Le di una vuelta a la manzana, para aparecer a la hora justa en la esquina de siempre. Los dos caminamos en cámara lenta y yo le asomé mi mejor sonrisa. Ella se recostó como siempre al cuadro de la puerta, colocó su palma en visera y esperó unos segundos antes de ser bañada por la fuente anaranjada. Para mí fue como ver en vivo la escena de *El nacimiento de Venus*, con los ángeles volando a su alrededor para colmarle de flores de cayena. Para ella, supuse, fue un amanecer más, como el de cualquier otro día. Sin embargo, al salir de la fábrica noté que la manga ya no estaba, y eso me dio un hálito de vida. Desde ese día, siempre que tenía oportunidad, repetía la maniobra, aunque sin saber si a la manga-corazón la estuviese recogiendo ella o llevándosela arrastrada un rosario de hormigas.

En una oportunidad salí en busca de las arepas contrariando a mi madre que me advertía de una inesperada llovizna. Ni la muchacha ni el sol se asomaron esa vez y yo cogí un fuerte catarro que me mantuvo en cama por tres días y por eso le asignaron la tarea a mi hermano. Fue una tortura para mí, porque él era muy guapo por esas fechas y yo lo recibía en el cuarto esperando con temor que me dijera que había conocido a una linda muchacha al frente de la fábrica y que la había invitado a dar una vuelta por la plaza. Ese fin de semana, con mucho temor, le pregunté si había visto algo especial por esos días, y me alivió mucho al verlo encoger los hombros, como lo hacía cuando estaba muy aburrido y no tenía nada interesante para contar. Ya el lunes siguiente había retomado yo mi papel de Romeo ignorado, admirando a la distancia a la pequeña hija del sol naciente.

Aproveché los siguientes fugaces encuentros para hacer un retrato físico y moral de la jovencita. Supe que era una persona muy considerada, cuando la vi en varias ocasiones salir tomando con dulzura de la mano a una señora bastante mayor, pero muy parecida a ella, abrazándose mientras tomaban el baño solar. En otras ocasiones la vi salir con un niño también parecido a ella, pero de color bronceado, quien se restregaba, somnoliento, los ojos. Por la mirada amorosa que ella le prodigaba, comprobé que su corazón era tan tierno como una arepa recién bajada del budare. Una vez la observé diciéndole adiós a una dama, muy probablemente su madre, que compartía su pelo colorado, como el de las barbas de las mazorcas que se apilaban donde doña Chepa.

Después del periodo de observaciones, ya no me quedaron dudas: era la muchacha más linda y más buena que yo podría conocer en mi vida, y tuve la certeza de que podríamos convertirnos en los mejores amigos y quizás mucho más que eso.

Terminadas las vacaciones me tocó volver a clases y ser relevado de la búsqueda de las arepas veraniegas, y terminé muriéndome de las ganas de ver a la singular muchacha en algún pasillo de la escuela, pero nunca ocurrió el milagro. Completando mi desdicha, a medianos del año escolar, mi padre nos mudó del pueblo hacia la capital del estado; buscando una mejor vida, como me lo explicó mi madre al descubrirme llorando acurrucado dentro del escaparate.

II

Un lustro después de la mudanza me tocó volver a mi pueblo, para asistir a los funerales de mi tío Saúl. Allí, mi primo Oscar me informó que precisamente esa misma fecha también había fallecido doña Chepa, la fundadora de la fábrica de arepas. Como un baño de agua fría me mojaron los recuerdos de «la catirita del frente», como había llamado yo aquel peculiar recuerdo de la niñez, y le pedí al primo que me acompañara a la fábrica, a dar el pésame.

No me sorprendió ver la casa del frente totalmente en ruinas. Ya dentro del funeral me las amañé para darle conversa a la hija mayor de la difunta. En cuanto pude, le ensarté la pregunta: ¿quiénes eran y qué había pasado con los vecinos del frente?

Un rato más tarde estaba yo en la oscurana recorriendo con una linterna y con mi asustadizo primo las ruinas de la casa. Pude ver a la muchacha de oro durmiendo apretujada entre un montón de cuadernos y libros escolares, en la parte superior de una litera. Tenía puestos unos pequeños chores rojos que dejaban ver unas fosforescentes piernas de calamar rosado.

En la oscurana, la oí gemir en silencio, por el dolor de saber que su padre tenía mucho tiempo desaparecido, por lo cual, ella, su madre y sus hermanos, estaban dependiendo de la misericordia de los tíos. Vigilé por un rato sus sueños,

donde me mostró cómo ella se arreglaba bien-bonita para esperar que alguna bendita mañana regresara su padre, quien le había dicho al marcharse que él iba a viajar hacia la capital, que quedaba hacia el lado este de la república.

En sus sueños también me contó que a poco de llegar a este pueblo le había prometido a la madre abandonar su promesa de levantarse a recibir cada mañana a su desaparecido padre; pero que, casualmente, el último día de cumplimiento de aquella inútil promesa, vio cómo la miraba embelesado un muchacho moreno, al que le había dado por acompañarla en su rutina, y quien, de vez en cuando, le dejaba de regalo una hermosa y sabrosa manga, que ella luego recogía con mucho disimulo.

Me contó sonrojada que fue por esa causa que ella siguió arreglándose bien-bonita, tan solo para que el muchacho la mirara con aquellos ojos tan enormes y tristes que él tenía. En su último sueño ella lloraba muy acongojada, porque los habían corrido de aquella casa y debían devolverse a la capital del estado vecino y de ninguna manera le podría avisar a su compañero de espera mañanera.

Y de aquella manera se despidió de mí, en la última porción de nuestro sueño compartido, ese que me permitió, por fin, ponerle un nombre: María Isabel, «la catirita Mabel»; aquella que, aun teniendo que torcerle los azarosos brazos al estocástico destino, decidí convertirla en el más inocente y puro amor de mi vida.

III

Muchos escogen su carrera, su futuro, dándole absoluta prioridad a los deseos frustrados de sus padres. Algunos se concentran en sus sueños y pasiones, y otros simplemente lo dejan al azar. Yo lo hice por una ciudad, la gran capital centroccidental, porque supuse que allí me esperaba mi destino

y elegí ingeniería porque se me daba cierta facilidad para las físicas y las matemáticas.

Mi carrera la cumplí con mucha tranquilidad, sin afanes de fama o éxito económico. Preferí disfrutar de la gran ciudad, de los tiempos que pasaban. En las tardecitas, siempre solitario, me encantaba regresar a pie, de la universidad hacia la residencia, en cada ocasión recorriendo diferentes calles.

En mis andares ciudadanos observaba a las muchachas de mi edad y si me encontraba con alguna rubia delgadita, me daba por tropezarla. Si la joven me soltaba una mirada fea o alguna grosería, inmediatamente la descartaba. Si la muchacha me sonreía amable, yo la saludaba: «Hola, Mabel, ¿cómo te va?», intentando darle charla.

Aquella estrategia nunca me dio resultado. Tampoco me funcionó conversar con las catiras delgadas que trabajaban en alguna tienda, o que fungieran de enfermeras, maestras o cualquier otra noble profesión. Con el paso de los semestres, de los exámenes y de las prácticas cada vez más exigentes de mi carrera, se fue diluyendo en mi cerebro la imagen de aquella muchacha de oro y el deseo de terminar con ella a mi vera, como decía una pegajosa canción de moda.

A veces, cuando me invade la nostalgia, pienso que es posible que en alguna ocasión me haya cruzado con ella, en algún comercio, una tienda u oficina del gobierno.

En mis sueños de verano me la imagino sentada, en solitaria espera en el banco de una plaza, y a mí preguntándole atrevido si está esperando al novio, para que sonrojada me responda que no, que ella no tiene novio. Quizás hubiésemos conversado por horas, hasta que, ya de noche, me tocase acompañarla a esperar el bus, donde a último momento ella me hubiese entregado su número telefónico, rompiendo muy nerviosa una hoja de su cuaderno. Nos veo en los días siguientes caminando por las calles comerciales, tropezando con los

sorprendidos transeúntes; o tomando helados de fresa en una banqueta, mientras compartiéremos besos furtivos. Jamás habría olvidado su cara de felicidad, cuando yo le hubiese entregado un viejo texto de cuentos en lengua inglesa conseguido con los marchantes de libros reciclados de la Plaza Lara.

En algunas ocasiones me devano el pensamiento con ideas bizarras y locas: ¿será posible que, al final de toda mi búsqueda, me haya casado con ella? Es que ambas son tan similares, que hasta parecen gemelas. Con sus ojos lanceolados, dulces y transparentes como los caramelos de coco; con su pelo de panoja, con su piel de luna llena y con su corazón de oro cochano. Y para completar, compartiendo un nombre casi idéntico.

La verdad es que, quizás evitando alguna decepción, nunca me he atrevido a preguntarle a mi mujer si, por una mera concesión del destino, no fuese resultado ser ella «la catirita del frente» de mi infancia. En ocasiones me complazco pensando que aquello es, en esencia, muy posible; sobre todo cuando ella no dice nada, pero sonrío con picardía, al preguntarle si algún verano de su infancia, en una riesgosa travesura, no le dio por atragantarse con un montón de corazones en forma de mango, que encontraba por allí tirados.

La chinita de la china

Fin, fue la infeliz palabra que vi levantarse en Cinemascope, por encima de un pequeño camión de carga que, de a poco, se iba desvaneciendo en el horizonte de una triste carretera.

De vuelta a las memorias de mi pueblo, recordaba cómo de chico llegaba corriendo de la escuela, tiraba el bulto a la cama y me adelantaba a mi hermano mayor para pedirle a mi madre la lista del mercado e irme derecho al «abasto de la china», que quedaba a tres cuadras de la casa. Allí buscaba a una muchacha idéntica a las muñequitas de porcelana de mi abuela, con una piel tan pulida y reluciente, que le resbalaba el polvo de los paquetes que desde pequeña la obligaban a cargar.

La niña tenía poderes mágicos, como el de flotar en vez de caminar y el de transformar el interior de cualquier bulto en algodón, para llevarlo sin esfuerzo alguno. Si la muñeca no estaba en la caja registradora, la ubicaba donde fuese, rastreando su pálida luz de medusa, tan solo por intercambiar con ella miradas y sonrisas furtivas.

Si nos encontrábamos entre los anaqueles, mientras yo repasaba la etiqueta de algún producto, ella reacomodaba cualquier mercancía las veces que fuese necesario. Si la ubicaba ayudando en la caja, me apresuraba a convertirme en el niño más feliz del mundo, cuando ella me pasara la bolsa con la compra, rozando mis dedos de gonzalito con los suyos de paloma y, de ñapa, obsequiándome su reluciente sonrisa de conejo y una pícara mirada de gato.

Antes de cruzar la puerta de salida, siempre me volteaba, a sabiendas de que, mirando primero las espaldas de su madre, ella me diría adiós con su delgado brazo, tan tierno como un panecillo de maíz. Yo era muy feliz con aquella

rutina y la repetía cada vez que se podía, sobre todo los fines de semana.

En una ocasión que jamás olvidaré, vi cómo al fondo del almacén el papá golpeaba a *la chinita* con una vara. Unos días después, con la boca llena de trapos, ya le había ofrecido ayuda a su mamá; porque preguntando con disimulo había averiguado que el padre la maltrataba porque según él, ella era muy bruta para las matemáticas y para el castellano, algo muy importante para su supervivencia en un país extraño. Ese día la señora china, con el entrecejo de un gallo, me preguntó: «¿Cuánto me vas a *coblal*, *tlipón?*», y yo le respondí que nada, que era solo para un proyecto de mi escuela.

Los «*miércoles en la taldecita*» se tornaron sagrados para mí. Le explicaba en la trastienda, con amor y mucha paciencia, matemáticas y castellano a la muñeca de porcelana, entre los olores de los bultos de maíz, arroz y pasta. La señora china nos colocaba estratégicamente en una mesa, de tal manera que nos podía ver desde el puesto de la caja. Casi siempre la madre de la muchacha terminaba empujándome fuera del abasto, entregándome algún obsequio, como una bolsa de caramelos de coco o un paquete de Galletas María; los que me comía a escondidas de mis hermanos, porque ellos se mofaban de mí y de mi supuesta novia, estirándose los ojos para decirme: «¿*quiele aloj* con leche, *miamo!*?».

En el transcurso de las primeras clases, la chinita me había preguntado el nombre y yo a ella el suyo. Luego ella me dijo: «No, no, tú te *llamalás shol neglo* y yo luna blanca. Tú *sabel* mucho y *sel* un *shol neglo pala* mí y me *alumblas* en las noches *osculas*». Ese día me costó cumplir con la tarea, por culpa de un animalito que se quedó aferrado a mi garganta.

Todos los días de las lecciones, ya sin disimulo, yo le preguntaba a la niña si pensaba alguna vez irse a estudiar bien lejos, porque yo me podría escapar con ella, para ayudarla con

todos sus deberes. La chinita de la china siempre respondía: «*Calla boca, shol neglo, decho* no se habla». Al principio lo decía asustada, luego un poco más sonriente y relajada; para finalmente, mirando primero hacia la caja, repetirlo entre risas felices, colocando sus dedos sobre mi boca. Gesto que yo tomaba como un «beso de dedito», con sabor a canela, porque ella siempre los cargaba embadurnados de una rica crema, que tomaba a hurtadillas del negocio para compartirla conmigo.

A mí me ejecutaron sin piedad una calurosa tarde veraniega, al término de mi sexto año de escuela. Yo estaba cerca de una ruma de piedras ubicada al frente de la casa de la abuela, ayudándola a cortar la grama, cuando de repente pasó el zagaletón de mi hermano y me dijo como si nada: «¿Y eso?, ¿no te despedirás de tu novia?».

Ante la sorpresiva noticia, salí corriendo hasta el abasto, pero, cuando llegué, ya estaba cerrado. Miré hacia el frente y vi cómo el camión de compras que ellos tenían, marchaba cargado con muchos enseres domésticos. Me imaginé que por el sucio vidrio trasero la niña se asomaba para decirme adiós, con su brazo de paloma, con sus dientes de conejo y con sus ojos de gato.

Yo me puse de rodillas y con la fuerza de mi imaginación estiré los brazos para retener al viejo camión de compras, que se fue achicando entre mis dedos mientras se colaba entre las nubes aquella infeliz palabra. Y desde allí casi pude oír cuando la chinita me gritaba: «¡Hasta *chemple, shol neglo!*, ¡hasta *chemple, miamol!*».

El enorme pecado de Abel

Lo condujeron hacia mí como a un cristo ante Pilatos: cabizbajo, triste y derrotado; escoltado por dos apertrechados guardias pretorianos, una fehaciente prueba de su innegable culpabilidad. Sentí que de esa manera se iniciaba una justa revancha contra el culpable de todos mis infortunios. Contra Abel, para mi desgracia, el único hermano que me había concedido la vida.

En una mirada retrospectiva, aun siendo menor que yo, fue él quien me apodó Caín. Recuerdo la tarde cuando mi orgulloso padre lo trajo al paraíso de la casa, con sus bucles dorados que lo asemejaban a esos angelitos de los comerciales de gelatina. «Se llamará Abel», sentenció soberbio, con su voz omnipresente que emanaba como un trueno desde las grandes alturas de su reino. Entre los jardines de la escuela él se hizo tan popular y querido que yo sencillamente pasé a ser Caín, el insignificante hermano del majestuoso Abel.

Al reencontrarnos en la prisión, Abel se abalanzó sobre mí simulando un fraternal abrazo, pero los salvadores barrotos lo mantuvieron a prudencial distancia. En su rostro se notaba la aprehensión que le embargaba por explicarme cómo los jueces podrían al final del juicio dar el veredicto de inocencia, enumerando las diversas maniobras y vericuetos legales que estaban realizando sus leguleyos asesores; pero yo me hacía el desentendido, porque, para mis adentros, la sentencia no debería ser otra que la de culpable, por más verosímiles e inteligentes que pareciesen los argumentos contrarios.

No puedo ocultarles que, además de bello, mi hermano siempre poseyó una conspicua inteligencia, y que fue él quien se encargó de mí durante nuestros años académicos. Yo aprobaba un periodo y me aplazaban en el siguiente, de tal manera

que rápidamente me emparejó. De allí en adelante se echó toda la tarea al hombro, hasta nuestra titulación; para él con altos honores y para mí con un modesto *suficiente*. Hasta unas cuantas novias tuve en aquellos tiempos gracias a su influencia. Yo estaba consciente de que ya habían sido fusiladas en su particular paredón y que solo lo hacían por mantener vivas sus esperanzas, pero eso para nada me importaba. Bueno, hasta que conocí a la que se convertiría en mi amada esposa, una muñeca de lujo llamada Evangelina.

Regresando al día de su comparecencia, debo confesar que con morbosos disfrutes descifraba en la cara de mi hermano una angustia infinita al mencionar el hecho de que, de no lograrse el veredicto de inocencia, la sentencia podría llegar a los 30 años. Abel apenas susurró la cifra para que yo no la escuchase, sin saber que esa era la pena que de todo corazón deseaba para él.

En la época de mi compromiso con Evangelina ya Abel no vivía en la ciudad. Se había marchado unos años atrás para hacer fortuna; y aunque *Evita* había sido una más de sus frustradas admiradoras, yo no sentía ni temor ni celos, porque él se encontraba lo suficientemente lejos como para que su presencia interfiriera en nuestro matrimonio.

La desgracia comenzó cuando yo, por tratar de complacer a mi atractiva mujer, de la cual nunca me sentía merecedor, me involucré en negocios turbios que terminaron conduciéndome a prisión. Evita me visitaba puntualmente, me llevaba mi comida preferida, ropa limpia y hasta las revistas hípicas en las que yo tanto tiempo invertía. Podría decir que hasta cómodo me estaba sintiendo en mi encierro.

En uno de aquellos ya habituales encuentros sabatinos noté a mi mujer muy nerviosa, como si quisiera ocultarme algo bien importante, volteando a cada rato hacia una oscura esquina del corredor donde se sentaban los visitantes.

No olvidaré jamás el miedo que me invadió, como a un pollo desnudo delante de una cacerola con agua hirviendo, cuando vi salir del escondite y acercarse a aquel pavorreal que era mi hermano; con su elegante traje, con su caminar pausado y su sonrisa perfecta, que iluminaba las penumbras de aquel lúgubre pasillo. Definitivamente, *el hombre más hermoso del mundo*.

Aquella aciaga mañana él me detalló de todo lo que había logrado en cinco años exitosos, pero yo no le escuchaba, concentrado en mi mujer y con la cabeza desbordada de preguntas: ¿desde cuándo Abel estaba en la ciudad? ¿Por qué Evita no había querido cumplir con la visita conyugal? ¿Por qué ambos andaban tan elegantes? ¿Saliendo se irían a celebrar algo? Al final de la incómoda tertulia, ella no me miraba al rostro y él simulaba estar aguantando las lágrimas, mientras prometía que pronto yo estaría libre para que pudiésemos celebrar como debería ser, nuestro inesperado y fraternal rencuentro.

Mi odio hacia Abel fue *in crescendo* con cada semana de mi estadía entre rejas. Las visitas eran los sábados en la mañana. En algunas Evita no venía por estar realizando trámites. ¿Trámites un día sábado? En las oportunidades que ella se apersonaba, se le veía muy angustiada, nerviosa y evasiva. ¿Qué sentimientos de culpa le estaban carcomiendo su corazón de palo? Mientras tanto, yo seguía acumulando preguntas sin respuestas: ¿por qué Evangelina seguía evitando las visitas conyugales? ¿Para qué entonces tenía que llevar esas faldas tan ligeras? ¿A quién le quería mostrar sus muslos de canela? ¿Por qué insistía en decirme que no me preocupara por nada, que Abel se había encargado de todo? ¿En el «todo» iba ella empaquetada?

Aunque no parezca verosímil, a pesar del acumulado odio hacia Abel, yo no había planificado ninguna venganza

contra su persona o la de mi mujer. Después de todo, él era mi único hermano y a ella la amaba todavía. Pero para mí fortuna, me dieron mi boleta de excarcelación a mitad de semana, sin que ellos lo supiesen y, en vez de irme hacia mi residencia, me dediqué a buscar un arma y a vigilarlos desde el parquecito ubicado justamente al frente de la casa.

La tarde del jueves los observé llegar, bellos y felices, cargados de muchas bolsas con coloridos víveres. Cuando lo vi introducir su gran auto en el hasta ahora inútil garaje, me invadió una imagen fálica que casi hace estallar de dolor mis compungidos esfínteres. Eso me animó a, sin más dilación, profanar mi propio domicilio. Desde mi escondite los podía ver y escuchar todas sus conversaciones y me alisté de esa manera para, al primer vestigio de traición, saltar a volarle los sesos.

Durante un lapso de espera, mientras ellos preparaban la escena para disfrutar de la noche, yo intentaba recordar los buenos momentos vividos con Abel: de las ocasiones en que me prestaba el montón de juguetes que exclusivamente traían para él los abuelos; o de los dulces que me guardaba debajo del colchón, para que nuestros padres no descubriesen que él me los compartía; y de las noches que se pasaba a acompañarme, al escuchar mis tímidos lloriqueos, por los presuntos hombrecillos verdes que se metían debajo de mi cama; o de las veces que me defendía de los acosadores del colegio, a los que alejaba a fuerza de pura palabra. Pero ninguno de los gratos recuerdos lograba reducir la inquina que en los adentros me socavaba, por estar mi único hermano, en mi propio domicilio, asaltando al amor de mi vida.

Pasaron pocas horas en el reloj electrónico que adornaba la sala, pero cientos en el tiempo que marcaba el tic-tac del corazón. Ellos hablaron de variadas cosas, fútiles la mayoría. Vi a Abel mantenerse a una distancia prudencial de Evangelina, pero yo conocía su serpentina táctica de galán elegante

y pretensioso. Cenaron comida china y vieron una vergonzosa película de comedia física, de la que, para mi gusto, se carcajearon con exageración.

Cualquiera hubiese dicho que en aquel ambiente de infantil festejo no había asomo de traición. Pero yo sí la percibí, al no encontrar salidas a mis interrogantes: ¿por qué no mencionaron ni una sola vez mi nombre? ¿Lo evitaban para no sentirse culpables antes de irse a revolcar a la cama? ¿Para qué comían con las manos, relamiéndose sensualmente los dedos? ¿Por qué razón ese gesto compulsivo de Evita de levantarse la cabellera para mostrarle su apetecible cuello de chocolate? ¿Por qué ella utilizaba aquella ligera bata que transparentaba su silueta en cada ocasión que pasaba un auto?

De esa manera, no soportándolo más y antes de que se consumase la traición de aquella noche, caminé sigiloso para camuflarme entre la oscurana. Y allí me mantuve con paciencia, apuntando a sus cabezas, que se asomaban como los patos de un juego de feria, apenas sobresaliendo sobre el respaldar del sofá, el único posible testigo mudo de sus múltiples felonías.

Terminando su fiesta íntima, ellos se reían felices de las payasadas del protagonista de la comedia de segunda, inconscientes de que acababan de ser sentenciados a muerte.

Sincronicé mi corazón con la pendular horizontal de mis dos manos que dirigían el arma de una a la otra cabeza: ¿a cuál vuelo primero? ¿A la de un hermano traicionero que me ha opacado toda la vida? ¿A la de la mujer que, a pesar de su perfidia, aún continuaba amando? ¿A la mía, que estaba a punto de estallar por el insoportable dolor? En ese momento tomé la decisión y fijé una línea recta hacia la majestuosa cabeza de Abel y accioné el gatillo. Pero en el último microsegundo, cuando por el cañón se asomaba un brillo anaranjado, incliné unos grados hacia la izquierda mis dos manos, tal vez empujadas por un inesperado soplo de mi corazón.

Ahora, de vuelta al presente momento, protegido en una celda oscura que me libera, sonrío complacido al estar seguro de que Abel pronto sufrirá la pena máxima posible; cuando, caminando por ese mundo al que llaman libertario, se conduzca a sí mismo al cumplimiento de la dura condena: haber sido separado para siempre del único verdadero amor que le había regalado la vida, al que no le había concedido un justo peso y mucho menos otorgado su real valía.

La monedita de oro y la luna de plata

Jesús le rogó a Dios toda la noche para que, por favor, le concediera aquel humilde deseo. Su hermano Ramón le había contado que cuando él quiso una bicicleta, se la pidió al Señor con todas las fuerzas de su alma durante dos días con sus noches, el periodo de guardia que cumplía su padre; y que él se lo había concedido, porque ese sábado su papá lo tomó por los hombros, lo llevó hasta la maleta del carro, y allí estaba, roja y reluciente, la más bella de las *Royal Especial Edition* jamás vista en el pueblo. Y por eso, ¿cómo no le iba a conceder el suyo?, muchísimo más sencillito que el de su hermano.

Jesús siempre había sentido una natural envidia por Ramón, quien por ser el hermano mayor, que le llevaba tres años, se le adelantaba en las cosas importantes de la vida, como la de recibir permiso para ir a bicicletear a la calle, o el de poder ir al cine con sus amigos y aprovechar de andar con lindas muchachas. A él simplemente le correspondía esperar, como decía su madre ante sus constantes reclamos. A él le tocaban la ropa y los zapatos de segunda mano, los juguetes viejos abandonados por unos nuevos, los cuadernos a medio terminar, los libros rayados por fuera y por dentro, con las preguntas ya completadas. Nunca tenía el placer de romper un celofán, de sacar los alfileres a la ropa recién comprada y el sentir el penetrante olor a plástico, el dulce aroma de lo nuevo. «Ten paciencia, ya te tocará a ti dentro de unos años», era la cantaleta de consuelo que tenía rayada en la memoria de tanto escucharla.

El humilde ruego de Jesús al Padre Creador era el de tener dos monedas para el jueves en la tarde y así poder entrar al estreno en el cine, comerse una ración de cotufas y tomarse una Colita Marbel, mientras veía una película llamada *La*

séptima y última aventura de Simbad el marino; donde habría acción, misterio y romance, como rezaba el precioso cartel hecho a mano que mostraban en el vestíbulo de la sala, el cual se podía ver entre los barrotes del humilde teatro pueblerino. Aquel sería el día ideal, porque los jueves le tocaba atender a la hermana del taquillero, quien a diferencia de ese señor, dejaba pasar a cualquiera sin importarle la edad. Y aunque a Ramón le molestara que Jesús se le pegara como un chicle, él reclamaba su derecho de caminar solo, detrás de su hermano y de sus amigos, porque para eso las calles eran libres.

Para el jueves al mediodía, Jesús estaba preocupado, porque nada de cumplirse su deseo y su mamá ya le había advertido que ni un piche centavo le iba a dar. Él venía refunfuñando detrás de su hermano, del abasto de don Cupertino hasta su casa, cumpliendo con un pequeño mandado. Ya Ramón estaba arreglado y listo para verse con sus compinches y con su amiga Alba Salessi en el Cine Tropical; en cambio, él caminaba muy incómodo con unos pantalones reencauchados de su padre, con los grandes bolsillos asomándose por debajo del ruedo inferior, hasta la media canilla, y con unas medias larguísimas dobladas dentro de los zapatos de payaso.

En el trayecto, a Jesús le pica en el ojo una luz que viene del piso, que su hermano no ve, pasándole de largo, pero que él curioso, se agacha y agarra: ¡una moneda tan reluciente como un pedacito de sol! El muchacho la aprieta en su puño y sale corriendo, como si viniese un ejército de cazadores detrás de un bandolero para arrebatársela, y no se detiene hasta llegar jadeando a su casa, para encerrarse en la letrina y ver con más calma al maravilloso milagro encarnado.

A las cinco de la tarde, subiendo por una calle pintada de amarillo, va Ramón liderando un grupo de muchachos que van al cine. Detrás, sospechosamente alegre, camina Jesús, empuñando firme dentro del inmenso bolsillo una moneda

de oro. Él piensa darle una sorpresa a su hermano, al dejarlo entrar primero, luego comprar su pase y con lo que le den de vuelto, brindarlo a él y a sus fachosos amigos. Llegando al frente del cine, Ramón lo confronta y le advierte que ellos ya van a entrar y que él, si quiere, se quede un rato por allá afuera y luego se vaya derecho para la casa; que no sea chicle y no se vaya a quedar esperándolos a la salida.

Cuando Jesús ve a su hermano dentro del vestíbulo disfrutando con sus colegas y al oír el último pasodoble de aviso, se arma de valor, se acerca a la taquilla y le dice a la mal encarada señora: «Una entrada, por favor». Observa cómo la doña, sin siquiera mirarlo, pulsa un botón y emerge como la cabeza de una ágil tortuga, el tiquecito amarillo, al cual ella recorta con sus regordetes dedos, se lo coloca al frente y le dice: «Un peso, haga usted el favor». Jesús saca orgulloso su moneda de oro y la coloca en la boca de la ventanilla. La señora la toma y casi sin mirarla le dice: «Muchacho pendejo, no me hagas perder el tiempo», y la arroja bien lejos. A Jesús no le da tiempo ni de protestar, porque ya detrás tiene una pequeña cola, que lo empuja indolente y lo saca de la fila.

El afligido Jesús se queda noqueado en la acera, con los ojos llorosos, reclamándole al Omnipotente por no haberle cumplido su pequeño deseo. Y de repente, de la nada, como una inesperada cabañuela de verano, lo baña una dulce voz que le pregunta: «¿Qué te pasa?, ¿por qué lloras?». Él mira arriba y a la derecha y, aunque el revoltillo de luces y lágrimas no le permiten ver claramente, puede distinguir a contraluz a una muchacha como de su porte, a la que al voleo le contesta:

—No estoy llorando, ¡los varones no lloramos!

—Eso no importa, todos podemos llorar —responde la pequeña.

—Bueno, no es que esté llorando, lo que pasa es que estoy triste porque perdí mi moneda de oro —se justifica Jesús.

—Pero bueno, entonces vente, ¡vamos a buscarla! —le dice la niña, invitándolo a levantarse.

Jesús, animado por la energía que mostraba la desconocida, se alza, le indica por donde podría haber caído la moneda, y juntos comienzan la búsqueda del tesoro en una tierra de gigantes. Cuando llevan un buen rato en el asunto, Jesús quiere rendirse e irse a casa; pero justo la damita, rescatándolo de un pozuelo de agua, lo levanta con sus dedos transparentes, y con una triunfal sonrisa le anuncia: «¡Aquí está tu moneda de oro!».

En ese momento él la mira por primera vez, a la jovencita: una delgada indiecita rubia, quien porta un humilde, pero bien arreglado uniforme escolar; un vestido de *vichy* rojo, con tiras de broches a los hombros, que le queda un tanto corto, mostrando sus blanquísimas y velludas piernas. Bajo el vestido lleva una blusa blanca de mangas cortas rizadas; usa el clásico calzado negro con medias blancas hasta las pantorrillas y complementa todo el conjunto con un ancho cinturón de semicuero rojo. Sobre la cabeza luce un cintillo de tela del mismo color, con un pequeño lazo al costado. La niña tiene el cabello bermejo, como la barba de una mazorca recién cortada, y sus achinados ojos comparten la tonalidad de aquellos relucientes y dorados granos. A Jesús le parece que su apariencia es muy dulce, como la del venado Bambi que había visto hacía poco por la televisión.

—Gracias, creí que nunca más la vería —le dice Jesús.

—Por nada, ¿y qué haces por acá tan solo?, si quieres me acompañas a terminar con mi mandado —lo invita la jovencita.

—Bueno —dice Jesús, y ambos caminan hacia un tarantín que queda a dos cuadras del cine, diagonal a la Plaza Mayor.

Debajo de un toldo miserable, la muchacha lo invita a sentarse en una silla de plástico, que forma parte de un juego de dos mesas para comensales.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? —pregunta curioso Jesús.

—Ayudo a mi tía —contesta la niña, mientras señala a una señora bronceada, de largo cabello grisáceo, que está friendo unas empanadas en una palangana llena de aceite, sobre una cocinilla portátil de gas.

—Yo me llamo Magdalena Esperanza, pero mi familia me dice Mandy —se presenta la jovencita.

—Yo me llamo Jesús y mi familia me dice Jesús —contesta el muchacho, y Magdalena se ríe por lo gracioso de la respuesta.

Los jovenzuelos inician una charla en torno a sus breves historias de vida y sobre sus familias. Él le cuenta su desdicha porque su hermano acapara toda la atención de sus padres y a él no le prestan mucha.

—Por lo menos tú tienes a tu papá y a tu mamá —le dice Mandy.

—¿Y tú? —pregunta Jesús.

—Yo no. Mi mamá murió cuando yo nací y a mi papá no lo veo desde hace muchos años —responde ella nostálgica.

Jesús, aderezado con jugo de papelón, saborea la agri-dulce historia de Magdalena. Ella le cuenta que su papá y su mamá se fugaron muy jóvenes; que ella era nieta de un italiano que había montado una pastelería en el pueblo, pero se había ido con su familia a los pocos años, por falta de clientes, porque vendía solo dulces finos y caros, que terminaban pudriéndose en las vidrieras. Le explica que su papá la dejó a cargo de una hermana, porque él se fue a trabajar a la capital y venía solo en Navidad a traerle ropa y juguetes, pero que no había vuelto desde hacía muchos años y de él solo le habían quedado unos viejos regalos: un pequeño piano de madera que sonaba de verdad y unas muñequitas que ella podía bañar y vestir. Le dijo que ella se sentía conforme porque su tía, a quien llamaba Tía Maíta, la quería mucho y las dos dormían

abrazaditas cuando su tío Rodrigo se iba a parrandear por varios días, a tocar la marimba. Le contó lo contenta que se sentía viviendo con sus tíos y cinco primos-hermanos varones, que la cuidaban mucho y le decían «la catira de la casa».

—¿Y no te aburres aquí solita? —pregunta Jesús.

—No vale. Cuando hay pocos clientes, como hoy, me pongo a jugar barajas conmigo misma solita.

—¿Y uno puede jugar barajas, solito con uno mismo?

—Sí, claro, yo te puedo enseñar —dice Magdalena, para luego proseguir—. Déjame ver tu moneda, Jesús, Maíta puede saber por qué la señora no te la recibió, ella tiene un líquido mágico, vamos a preguntarle.

La Tía Maíta toma un frasco de limpiador de metales que usa para detectar monedas chimbas, salpica un pañito, lustra la moneda y sentencia ante los espernancados ojos de los niños: «Esta no es una moneda de oro, es una medalla de cobre de la Virgen de la Caridad del Cobre». Ellos se miran decepcionados, pero cuando la tía prosigue: «Esto vale más que una moneda de oro, mijo»; a los dos les vuelve, aún más intenso, el brillo a los ojos. La tía continúa: «Esa es mi virgen preferida y de seguro nos traerá mucha suerte», y se la entrega a Jesús mientras le hace un gesto de cariño en la cabeza.

Y como si hubiese la doña proferido unas palabras mágicas, empiezan a amontonarse los clientes, pidiendo empanadas, tortas de cambur, torrijas, plátanos rellenos con queso y refrescos. Jesús y Mandy ayudan a servir a las personas, mientras, muy contentos, se relanzan sonrisas como pelotitas de ping-pong.

Después de casi dos horas de frenética actividad, Tía Maíta les informa a los clientes que llegan que ya se acabó todo, que hasta mañana, si Dios quiere. Los dos improvisados meseros se sientan cansados, pero muy alegres, y la señora los sorprende en la mesa con sendos platos con grandes

empanadas de carne mechada, pedazos de torta de cambur y vasos de refresco, y mientras les sirve, le dice a Jesús: «Gracias, mi niño, por tu moneda de oro, que nos trajo mucha suerte», yéndose luego a recoger los bártulos de trabajo. Al tanto, muy felices, los muchachos se atragantan de torta, que se les escapa en migajas por la boca, debido a la incontenible risa que comparten.

Cuando tía y sobrina se aprestan para subir hasta su casa, la mayor empujando una carretilla con ruedas y la menor con un gran bolso y un enfriador de anime, esta última le dice a Jesús:

—Préstame tu moneda para el camino y así me acompañas hasta mi casa.

Jesús, indeciso, le dice que él tiene que llegar temprano a la suya, antes que su hermano.

—Bueno, está bien, no importa, puedes irte —le dice Mandy en tono apagado.

Jesús no soporta ver los ojos de venado triste, que ya lo habían conquistado, le pasa la moneda y le dice:

—Mejor te acompaño y así aprendo dónde vives.

Tres dispares figuras cruzan en la penumbra las humildes calles de tierra de San Juan Bautista. Una señora callada va adelante y detrás dos niños intercambiando risas y datos, como el nombre de sus maestros y sus asignaturas favoritas.

Al llegar a la humilde casa de Magdalena, que está bordeada por una cerca de alambre gallinero, casi derrumbada por el peso de una milenaria enredadera, ella le pide que se aguante un momento mientras guarda los corotos que él le ayudó a cargar. Luego regresa con un enorme pedazo de torta de cambur y le dice:

—Aquí te manda mi tía, para agradecerte por tu moneda de la suerte.

—Gracias, me la comeré en la mañana con mis hermanos, con café con leche —le dice Jesús y se la mete en su gigantesco bolsillo derecho.

—Si te vas por el lado de la plaza, ten cuidado con los perros, y si te regresas por el lado del cementerio, es más rápido y los muertos no muerden —le dice jocosa, la muchacha.

Cuando Jesús le va a decir adiós con la mano para iniciar su marcha, ella lo mira con una misteriosa sonrisa de Mona Lisa y le dice:

—¿No se te olvida algo, Jesús?

El muchacho entra en pánico, porque recuerda que su hermano le había enseñado que cuando una muchacha te queda mirando de esa manera es porque quiere que le des un beso. Las piernas le tiemblan, pero la hora lo apremia, se lanza de una y le estampa un beso muy cerca de la comisura de los rosados labios. Mandy retrocede sorprendida, limpiándose con la manga del vestido y le dice:

—¡¿Pero qué haces?! ¡Era de la moneda que yo te decía!

Jesús se quiere morir de la vergüenza y baja la cara de tomate para no verle a los ojos. Un silencio de grillos se instala entre ambos, hasta que él oye una frase salvavidas que ella le lanza:

—No te preocupes, no importa —y le extiende el brazo con la moneda en la punta.

Él, con el alma vuelta al cuerpo y envalentonada, se atreve a preguntarle:

—¿Ahora tú eres mi novia?

Magdalena, desconcertada por la inesperada pregunta, le responde presurosa:

—Después te digo, porque tienes que irte rápido —y traspasa la puerta de zinc, cerrándola tras de sí con una tranca de madera.

Cuando Jesús va a emprender su marcha, ve sorprendido cómo una blanca palomita se asoma por un nicho abierto en la tela metálica y empieza a marcarle el tiempo, convertida en un metrónomo.

Un gavilancito impaciente espera que salga su víctima, una blanca e inocente palomita. Se acerca sagaz, al nicho de su ventana y cuando la ve asomarse, ¡zúas!, presto, la atrapa. La siente temblar, tratando de huir, aunque en forma disimulada. Le afloja un poco sus alas, para que ella pueda volarse, si en verdad así lo deseara; pero no, la palomita permanece un tanto quieta y otro tanto agitada, presa de sí misma, asomada a su ventana.

—¿Qué haces?! ¡Tienes que irte! —le dice nerviosa Magdalena.

—Sí, ya me voy, pero antes quiero que me respondas la pregunta —le ruega Jesús.

—¿Era de Castellano o de Geografía?, porque la verdad que no la recuerdo —contesta ella evasiva.

—¡No, vale! Te pregunté si ahora eras mi novia —reclama impaciente Jesús.

—¡Tú sabes que sí!, ¡que soy tu novia, desde que me besaste! —le confirma Mandy.

Jesús se siente parido por segunda vez en su vida y por poco suelta el meconio. En ese momento recuerda otro de los tantos consejos de su hermano y, con suavidad, retira su mano, dejando sembrado en la nacarada ostra de su novia un pequeño y redondo regalo.

Un torito enamorado ve a una tímida luna asomarse entre un tumulto de nubes verdes, que intentan, pero no pueden ocultar su brillo de plata. Del otro lado, Selene, asomándose entre la maleza, ve a una pequeña bestia rendida y, de consuelo, le sopla un pequeño beso, que, cabalgando sobre

una montura de brisa, atraviesa lípidamente la selvática bruma que los separa.

Jesús respira profundo y arranca en veloz carrera, por la vía rápida del cementerio, dejando tras de sí la estela de un guerrero ninja. Atraviesa las oscuras calles, dispuesto a lanzar por los aires a los monstruos dientones que osen querer detenerlo. Se siente listo para cortar con su certera espada de *Fujimaru del Viento* las cabezas de los oscuros zombis que salgan a su encuentro. Y para atravesar la noche oscura, levanta un vuelo de Astroboy, insuflado por la energía que traspasaba su cuerpo, surgida de la alquímica fusión entre la brillante monedita de oro y la fulgurante luna de plata.

La mujer perfecta

Mi mujer roza la perfección y, sin embargo, yo no dejo de quejarme. Ya verán si me asisten justificadas razones.

Al llegar del trabajo es el primer «coroto» con el que me tropiezo, sin poder de alguna manera evitarlo. Ella me espera sentada frente a la puerta, reposada en nuestro sofá favorito, en una posición picante, retadora; con las piernas entreabiertas, la blusa desabotonada y los rojizos cabellos caídos en cascada sobre sus preciosos hombros moldeados en piedra de cocuy tornasolada. Un trozo de paraíso prometido.

Me cuesta mantener la calma y me dirijo directo al cuarto, evitando la tentación de quedarme prendado a las alucinantes piernas. Mientras me cambio, inicio la larga leantía sobre mi insípido trabajo y acerca de lo exigente que es mi jefe, un muchacho al que le doblo la edad, pero que me triplica el salario. «¡Eso no sirve para un carajo, Vergara!», me dice el desgraciado, lanzando los papeles al piso, sabiendo que tendré que humillarme a recogerlos. Yo miro a mi mujer con ojos suplicantes, para que me pida que renuncie; pero ella permanece muda, como si intuyese que aquella decisión implicaría una inmediata separación.

Después de asearme, caliento la comida que traigo en bandejas de aluminio, sin pedirle que mueva un dedo. Ella sabe que es mi consentida y que me reconforto con solo mirar sus ojos de caramelo, que están comprometidos a fijarse en mí, a pesar de mis evidentes defectos.

Ya sentados en la mesa con el ruido del televisor al fondo, yo sigo con mi perorata y ella encerrada en el silencio. Le hablo de las exigencias de las cadenas de mando, que se contradicen entre sí y nos dan a cada hora nuevos lineamientos que se estrellan con los anteriores. «Esa es una jaula para

locos», le repito en voz alta, esperando su opinión; pero ella solo me observa, muy discreta, con ojos de lástima y con los labios de melón a medio abrir; a sabiendas de que con aquella insinuación me calma y controla mi mal genio.

Todas las santas noches hacemos prácticamente lo mismo. Vemos alguna película de repetición, de las que le gustan tanto a ella, sobre amores perfectos que se superponen a todas las dificultades. Yo quisiera sacudirme de tanta cursilería, pero ella me convence, haciendo que la levante y la siente sobre mis piernas, para recostarse sobre mi pecho, en donde termina adormilada, soñando entre mis protectores brazos.

La noche de los jueves, un solo día a la semana por recomendación del médico, la cerramos haciendo un amor salvaje, terapéutico, desestresante. Como siempre, yo término jadeando a su oído: «Te amo tanto, *miamor*»; pero ella, aunque lo muestra en su total entrega, nunca me lo repite en voz alta, y aquello me saca de mis cabales.

Por cierto, ayer fue jueves y apenas iniciada la faena, no aguanté la presión y en pleno acto le grité varias veces: «¡Pero carajo, al menos, dime algo!». Confieso que me excedí y le hice «la doble Nelson», halándola tan fuerte por un brazo, que casi se lo arranco, literalmente. Ella no lloró, pero me miró tan triste que me obligó a mí a hacerlo por ella, lo confieso.

Mientras le suplicaba su perdón, llamé al doctor Einstein tres veces, porque el desgraciado insistía en que lo dejásemos para el otro día, tempranito en la mañana. Tuve que ofrecerle un pago triple para convencerlo de que se apersonara esa misma noche.

Al tiempo que el doctor Frank atendía a mi mujer, yo lo auxiliaba pasándole alguno de los extraños artilugios que él siempre porta en el cajón de herramientas. Mientras, trataba de romper el hielo contándole menudencias de mi aburrida vida; pero él y mi mujer ni me hablaban ni me miraban, muy

alterados por mi conducta previa. Yo les ofrecía mil disculpas: que mis jefes cojonudos, que la situación jodida, que las noticias malas que no se detienen, que los astros y sus designios; pero ellos, nada de mostrarme una pizca de empatía.

Después de cobrarme sin arrepentimiento, parado en el vano de la puerta con su percutida bata azul, el doctor colocó su enorme y callosa mano sobre mi hombro y me advirtió: «Ahora sí es verdad, amigo, esta es la última falta que le perdono, para la próxima, lo reporto. Y no olvide que usted se da este lujo, solo porque es un sortario apuntado por el azar».

Al marcharse el doctor, me acerqué muy apenado a mi señora, me incliné sobre su regazo y empecé a llorar como un niño castigado por una travesura. Al terminarse el arsenal de lágrimas, intenté recobrar mi postura masculina y la levanté con toda la delicada fuerza que podían dar mis brazos. Camino a la recámara nupcial, ella empezó a temblar y tuve que decirle para calmarla: «Tranquila, *miamor*, ya sé que es jueves, pero hoy dejaré que descanses».

Entrando al cuarto, apagué la luz maniobrando con el codo mientras sostenía en lo alto a su frágil figura, a la que enseguida coloqué con mucha ternura sobre la cama, al notar que a ella aún no le había cesado la tembladera. Con mucho nervio bajé la cremallera de su blusa, pasé las manos por detrás del cuello de vasija griega y empecé a hurgar con los dedos, en búsqueda de un pequeño bulto ubicado entre sus delicadas vértebras superiores, al que presioné varias veces hasta que logré que ella se fuese calmando y ver sus párpados cerrarse como ventanillas automáticas.

Antes de retirarme de la recámara, le susurré, casi laminiendo el pabellón de su oreja izquierda: «Que pase muy buenas noches, *miamor*, ya usted sabe cuánto yo la quiero y la necesito». Lo hice con gran sinceridad, aun sabiendo que a ella para nada le importaban mis sentimientos. Y aquella

asimétrica situación es lo que más me enerva y altera mi sano juicio; tanto, que estoy pensando seriamente en regresarla empaquetada en su estuche de lujo, adjuntando un claro y simple reporte: «No sirve para más nada, únicamente para aquello».

La contrición

¡Nada!, ¡absolutamente nada había quedado en el apartamento!, ni una simple nota explicativa que sirviese de consuelo. Piero alguna vez se lo había imaginado, pero como un mal sueño, una posibilidad incierta, jamás como una tangible realidad, tal como se había materializado: Francesca lo había abandonado llevándose todo, incluyendo a los dos niños, la tortuga y el perro; dejando tras de sí solo al incierto gato negro que pernocababa entre los tejados ajenos.

El hombre se sentó sobre los restos de unos desgarrados envoltorios de plástico y se acurrucó entre sus propias piernas, para acunarse como lo hacía de niño, escapando de alguna situación estresante. Y, convertido en niño, lloró avergonzado por la inmensa travesura cometida y por el duro castigo infligido.

Con desesperación, Piero le rogó a papá Cronos una oportunidad para deshacer algo que en apariencia no tenía retorno. Lo hizo con tanta vehemencia que una gruesa corriente de calor emanada del entrepiso le fue trepando por las piernas, se expandió a todo el cuerpo, se arremolinó al centro de su pecho y descargó de forma tan abrupta al corazón, que le hizo trastocar la diástole con la sístole.

Sin esperárselo, Piero recibió un sacudón que lo hizo levantarse con el suficiente ánimo para de nuevo recorrer el apartamento, cerrando las puertas de closets y gabinetes donde ya no había nada que contabilizar. Como un autómatas, se regresó por las escaleras observando a las vecinas cerrar furtivamente las puertas previo al rechinar de sus zapatos. Al saludar al portero, pudo notar el rostro preocupado de aquel amable servidor, que cerró la puerta de vidrio después de verlo salir a montarse en un taxi que se estacionaba en reversa en frente del edificio.

En el vehículo, Piero recibió del chofer un pago que introdujo en su cartera, antes del inicio del recorrido que, a los pocos minutos, lo llevó hasta el apartamento de Isabella, de donde ella justamente salió para subirse al auto, después de que este se aparcara en retroceso. Otros tantos minutos transcurridos y el taxi, de nuevo estacionándose en reversa, dejó a la pareja frente a un motel de segunda, donde entraron, recibieron las llaves del dependiente y remontaron las escaleras soportando otra vez los dardos de las miradas impertinentes.

Dentro de la habitación, Piero e Isabella se despojaron de las prendas de vestir sin mucho afán, como cumpliendo paso a paso un extenuante ritual. Él se lanzó de espaldas a la desordenada cama y desde allí estiró el brazo para tomar una colilla que encendió empujándola varias veces contra el cenicero, para luego hacerla crecer soprándole el humo que se desprendía de sus alveolos. Mientras, ella se dirigió al baño, en donde empezó a desmaquillarse, mientras bailaba sensualmente frente al espejo. Después de entrar a la ducha y salir bañada de sudor, Isabella reuló hasta la cama, como alejándose despavorida de una aparición pero, al voltear el rostro, lucía muy contenta y relajada.

Piero no se sorprendió cuando la hermosa dama dio inicio a las pautas para repetir un fogoso encuentro. Él se dedicó a desandar caminos. Se deslizó desde los salvajes montes propios de los valles bajos, hasta las cumbres más altas de la nívea cordillera, coronada por dos altivos picos gemelos que se disputaban la supremacía. Una y otra vez, de frente y en reversa, Piero recorrió tantas veces aquellos caminos, que parecía no reconocerlos, aumentando más y más sus ansias de exploración.

Ya fuera del motel, la pareja se montó en otro carro de alquiler, el que también se estacionó en retroceso y dentro del cual Piero, una vez más, recibió un pago del chofer. El taxi los trasladó a un restaurante del centro, donde se sentaron

en una mesa del fondo, a la que de inmediato un mesonero cubrió con platos rebosados de comida sobrante; para enseguida devolverle a Piero un pequeño fajo de billetes, a cambio de una factura que guardó en blanco en su bolsillo. Mientras los meseros iban y venían colocando o retirando viandas, la pareja se dedicó a disfrutar de una comida que les provocaba un rápido aumento del apetito.

Transcurrida la cena, Piero se levantó para dirigirse en solitario hasta la puerta de entrada, desde donde pudo ver cómo una impaciente Isabella era atendida por un servicial mozo, quien haciendo una reverencia retiraba una copa de vino tomada de la mesa vacía.

Desde el restaurante, el hombre se encaminó hasta sus oficinas, se sentó en el buró, al que desordenó llenándolo de carpetas y papeles sueltos. Reposado en su cómoda silla de mando, proyectado en un inmenso ventanal, el joven ejecutivo observaba cómo los pájaros forraban de rojo los escasos frutos del otoño, tejiendo el pericarpio con el ávido movimiento de sus picos. Sin asombro, miraba cómo las hojas volaban del piso a las ramas para colgarse de un fino hilo, tal si fuera una última esperanza de vida. Piero disfrutó del transcurrir de aquel extraño día, conmovido por el andar de un extraviado sol que, como un ciego peregrino, buscaba la senda perdida del alba.

Y así como esa bizarra jornada, transcurrieron muchas otras, con los cálidos ríos serpenteando hacia las cumbres heladas, buscando acunarse con el frío; con los cielos bebiendo del agua acumulada en los huérfanos pozuelos surgidos de la nada; con los imparables trenes llevando pasajeros desde el destino al origen, después de haber deshecho compromisos que aún no estaban agendados; y con un ocupado Piero, actualizando las carteleras informativas, desmarcando uno a uno los logros de La Sucursal Sur, hasta ver desaparecer todos los objetivos planteados.

En el desfilar de muchos fugaces atardeceres, en las pausas previas al borrado de haberes y deberes en los papeles rotulados que terminaban con los saldos en cero, Piero se asomaba al ventanal izquierdo para observar cómo las jóvenes damas paseaban a sus críos; primero cuidadosas de que no trastabillaran, para luego llevarlos muy orondas en sus vientres abultados, que del tamaño de una gran sandía se reducían hasta el de una humilde toronja.

En una ocasión, Piero fue testigo de cómo terminaban dos novios por disputas aún no acontecidas, para después andar como si nada, tomados de las manos. Finalizando sus jornadas, cuando se le hacía muy temprano, él se deleitaba mirando a las madres retirar a sus niños de las escuelas, con los uniformes muy limpios y las loncheras cargadas de meriendas.

Delante del inusual panorama, Piero se dejó llevar, inamovible, incólume; hasta arribar al crucial día en que se halló sentado en el restaurante para ejecutivos de la Compañía Ferroviaria. De frente y solo para él estaba el tan anhelado deseo que le aprisionaba el vientre desde su arribo a la nueva oficina: la más voluptuosa de las empleadas de las Sucursales de la Zona Sur que, según se diría, habría toreado a los búfalos más avezados de la compañía.

Ella se había presentado después que él, ataviada con un lujoso vestido, que era evidentemente prestado. Altiva, solemne, se pavoneaba consciente de su potencial y, de seguro, habiendo estado dispuesta a sacarle el máximo provecho a la situación que ahora, inesperadamente, se le alejaba. Piero la miró cargado de deseos acumulados, pero los contuvo y, como si tuviese una emergencia repentina, le recibió un papel que se introdujo en el bolsillo, en el cual ella había leído después de haber desarmado un arrugado bolillo: «Lo siento, señorita Isabella, perdóneme por haberla hecho venir hasta aquí, pero mi mujer me ha llamado por un asunto muy importante que

no puedo dejar de atender». Y sin más, Piero se levantó de la silla, caminó hacia la puerta de entrada, mientras veía cómo un mozo atendía a la belleza recién llegada, quien estando distraída, aún no había notado su presencia.

Cuando atravesaba la puerta de vidrio y al oír un tintinear de campanitas invertidas, Piero empezó a inquietarse debido a que, llegada la justa hora y el preciso momento, debería haber tomado la decisión más importante de su vida, pero a la que tampoco convendría haberse adelantado.

En el destranscurrir de los días que lo condujeron hasta el amanecer de aquel sábado, para ver a Francesca extrayendo el agua caliente del filtro del café, Piero se insufló de valor, respiró profundo y se abalanzó sobre la mujer, aferrándose a sus espaldas, como un náufrago amarrado a un quebradizo mástil, intentando contravenir al vendaval del tiempo, anclándose a aquel mundo feliz que alguna vez había sido el suyo. El hombre cerró los ojos y le juró al padre Cronos que ya había aprendido la lección y que una vez enmendados todos sus errores, le imploraba que dejase de castigarlo haciendo marchar su existencia en aquella insoportable contricción temporal.

Al despertarse atado a una estrecha y bamboleante cama, Piero presintió que lo había logrado, que de nuevo su existencia era arrastrada por el canónico paso de un tiempo en dextrógira marcha. Y tan satisfecho se sentía, que no le importaba que unos héroes enmascarados le rompieran sin piedad su camisa de seda, para insuflarle de vida al atravesar lacerantes relámpagos amarillos en su pectoral desnudo. Él solo se ocupaba en seguir el rítmico parpadeo de unas luces rojas que le azotaban la cara, mientras se deleitaba con un atosigante canto de sirena, que inundaba las ateridas calles, en un vano intento por despabilarlas de su perenne duermevela.

Profesión de loco

Casi todos los sábados y a la misma hora escuchaba al eco de mi nombre rebotar por las escaleras hasta alcanzar mi habitación. Me hacía el desentendido por dos o tres llamados, antes de asomarme resignado al balcón, identificar al incipiente Círculo de San Francisco, para luego descender y atender al pertinaz visitante.

Aquello siempre resultaba en lo mismo: Karim me mostraba su retorcida sonrisa y preguntaba sobre lo conseguido para el día; yo me devolvía hasta la cocina, tomaba algunos plátanos, huevos, o cualquier otra vitualla para obsequiarle; él me recibía el humilde aporte, se quejaba de su mujer, del gobierno y de la situación jodida; me daba las gracias y seguía con su caminar renco hacia donde mis vecinas, que también sentían la obligación de cumplir con el ritual sabatino. Pobre hombre, decía yo, mientras me prometía acabar con aquella disgustosa costumbre. Pobre hombre, ¿quién?

Yo había conocido a Karim en sexto grado. Me lo señalaron unos compañeros cuando veníamos saliendo de la clase y me dijeron: «Menos mal que no metieron al salón al loco ese». Recuerdo que él venía con una vara dándole fuetazos por las patas a toda bestia que se le atravesara, y que nosotros debimos protegernos pegándonos a la cerca de alfajor. No me extrañaban los golpetazos, porque esa era una costumbre que ya practicaban otros zagaletos. Lo que me sorprendió sobremanera fue el hecho de que él les diera también a las muchachas. Eso rompía en una sola patada una de nuestras costumbres más arraigadas: nunca meterse con las hembras. Desde ese día, y por mucho tiempo, le guardé alto rencor.

Karim nos caciqueó por todo un año. Pasaba corriendo y nos empujaba, aplicaba zancadillas o nos daba coscorrónes.

Todo ocurría por temporadas: la de los taquitos, la de los tropezones, las de los escupitajos y otras tantas maldades que ya aplicaban en las escuelas, pero que él las elevaba a la séptima potencia, como lo decía escandalizada la directora.

La semana de «tumar los libros» coincidió con la llegada de una linda muchacha al salón de Karim. Ella se asemejaba a esos angelitos de los comerciales gringos: muy blanca, con unos rulos rubios y ojos estrellados. Sabíamos que venía de la capital y que el papá era un importante ingeniero.

Un jueves en la tarde, mis amigos y yo marchábamos detrás de la recién llegada, admirando sus piernas de pan de leche y el fino uniforme escolar, que era muy diferente al de todas las demás muchachas, por venir de un colegio privado. Nos percatamos de que se acercaba Karim porque todos se apartaban para que él no tumbara sus útiles. Yo pensé: «Ese no se meterá con la hija de un ingeniero». Pero el diablo pasó como una exhalación, dio un golpetazo en un brazo de la angelical muchacha y le largó los útiles. La jovencita, mis amigos y yo nos quedamos paralizados. Ella se sobaba el tierno brazo mientras sus cuadernos esperaban en el suelo. Uno de mis amigos me empujó y con señas me dijo que me aprovechara. Yo me acerqué, le recogí los cuadernos, les sacudí la arena y se los mostré sonriendo. La lindura me miró con unos ojos celestes que relampagueaban de la rabia, me los arrancó de las manos y me torció la boca, antes de reiniciar muy apurada su marcha. Se me partió el corazón dos veces, la segunda porque la chiquilla jamás regresó a la escuela. Mi rabia se multiplicó contra Karim, mil veces.

Para nuestra fortuna, no lo inscribieron en el liceo cercano y lo perdimos de vista durante unos cuantos años.

Ya adolescente, Karim se hizo conocido en la ciudad, por sus ocurrencias, por sus «cosas de loco». Por mucho tiempo, él aterrorizó a los vecinos con un machete, atravesándose

en los vericuetos de la urbanización. Lo denunciaban en la policía, pero tenía un hermano con un alto cargo que lo protegía, escudándose en su condición de «enfermo especial de los nervios».

En una oportunidad, un 24 de diciembre, todos nos ahogamos de la risa cuando lo vimos montado en una burra, a la que condujo hasta donde un reconocido vecino, y se metió con la bestia dentro de la casa, agachándose para pasar por las puertas, y todo por cobrarle una vieja afrenta. Desde ese día, no le tuve más rabia a Karim, y me empezó a caer simpática su irreverencia.

Estando yo en la época de estudios universitarios, mi madre me daba dos veces al año las novedades sobre Karim. Me contaba cómo interrumpía las misas de aguinaldo lanzando tumbarranchos en las faldas del cura de la parroquia, y hasta cómo un día acabó en terror la liturgia al tirar un cohete dentro de la nave, que hizo recordar la guerra a los feligreses inmigrantes.

Todos nos divertíamos con sus anécdotas, como cuando en un Carnaval, para vengarse de una vieja chismosa, se colocó en el techo, encima de la puerta, y le lanzó un baño de pica-pica. A la pobre mujer tuvieron que llevarla al dispensario por un ataque de picazón que le hizo desnudarse delante de los hijos.

Pasando los años, mi madre empezó a darme malas noticias acerca de Karim, como su junta con unos malandrines y sus adicciones a los fármacos. Se fue apagando su estrella de loco simpático y ya no hubo más anécdotas graciosas que contar y, por eso, él empezó a alejarse de nuestras memorias.

Suficiente tiempo después, yo venía conduciendo un pequeño Sedán y lo vi pidiendo cola. Durante una hora de camino me resumió gran parte de su vida. Me apenó verlo apocado, como un viejo prematuro. Tenía la mirada perdida,

la que antes fue vivaz, como la de un sátiro desbocado. Me gustaba más el Karim de mi infancia, aquel loco indomable que nos hacía reír a carcajadas.

Ahora, ya pasadas las décadas, Karim es mi vecino y me ha contado de a poco sus peripecias de vida, como la de tener siete hijos con cuatro mujeres arriesgadas. Mientras muchos nos ofuscábamos entre estudios y labores, él se dedicó a medrar en trabajos ficticios y con becas y ayudas que le conseguía su poderoso hermano. Actualmente, me ha contado entre sonrisas, que tiene dos pensiones y una incapacidad por su condición de «enfermo especial de los nervios», lo que de ninguna forma lo ha eximido de su tarea de «martillar» a los vecinos, como ha sido su costumbre desde hace muchísimos años.

Un sábado, cansada de las molestias de Karim, mi esposa me preguntó por ese señor al que yo atendía con tanto cariño y diligencia, y le respondí que él era un querido y viejo colega.

—¿Colega tuyo? ¿En cuál de tus profesiones? —preguntó con ironía.

Yo me quedé pensativo y le dije que era una en la cual él había sido altamente exitoso; en cambio yo, un enorme fracasado.

—¿En cuál? —insistió mi mujer, entre incrédula y curiosa.

Sopesando la trayectoria de vida de Karim, sonriendo, le contesté muy serio:

—En su profesión de loco.

La aplicación de Oswaldo

Muy temprano, a escondidas de nuestros padres, en ayunas, me tocó sacarlo a rastras de la casa. Como siempre, me había costado asearlo y vestirlo, por sus múltiples manías, y hasta tuve que amenazarlo con contar de sus actividades secretas en el baño, para hacerlo que saliera bajo la punzante lluvia que despabilaba esa mañana a la ciudad.

Mi pobre hermano Oswaldo, mi semejante, pero menos guapo e inteligente. Todo lo malo le ha correspondido a él; desde siempre, una carga para la familia.

En la noche previa, yo le había dado la razón para que saliésemos sin permiso: la semana entrante lo llevarían a un internado. Aquella noticia lo hizo llorar hasta el amanecer, pero me sentí obligado a contarle lo grave de la situación.

Días antes yo había escuchado, por accidente, discutir a papá y a mamá sobre el asunto. Ella se oponía con vehemencia, pero el gran proveedor decía que ya los gastos médicos y los de su especial manutención eran impagables, y aquella era la única alternativa viable que restaba. Aunque yo le daba la razón a mi padre, me puse del lado de mi madre, para proteger a Oswaldo, mi único compañero de cuarto, de juegos y la gran responsabilidad de mi vida.

Parece que todo en mi familia es accidental. Cuando yo tenía unos ocho años, me enteré de que mi hermano era así de bobalicón debido a que una enfermera se equivocó con el tipo de sangre que debía colocar en una bolsa. Lo escuché cuando mi madre se lo contaba a una tía, mientras yo jugaba escondido debajo de la mesa. Ellas lloraban abrazadas y yo no comprendía nada, hasta muchos años después, por las reacciones de Oswaldo delante de las cosas más sencillas de la vida, como la de montarse en un bus lleno de rostros

amenazantes y de ruidos que hacen estallar tus oídos. Por eso, todos los santos días y a todas las horas, yo cuidaba de mi hermano, mi semejante, pero menos guapo e inteligente; solo descansando cuando a él le daba por quedarse dormido haciendo alguna tontería, como la de contar uno a uno los azulejos de las paredes del cuarto.

En camino a la oficina de empleo, le expliqué mil veces al pazguato que si él conseguía un trabajo digno, mi padre dejaría de querer internarlo. Me costó convencerlo, y se hubiese devuelto si no lo tuviese yo aferrado por las mangas de su chaqueta favorita.

En la cola dentro de la oficina, Oswaldo se entretuvo contando el vaivén de los ventiladores, y así llegó rápidamente nuestro turno. Cuando nos tocaba sentarnos frente a una de las bonitas empleadas, él ya se había escapado de mi lado. Pensé en buscarlo debajo de las mesas o detrás de los materos, pero eso hubiese acabado con sus oportunidades de conseguir el empleo y, en un chispazo de mi inteligencia, preferí hacerme pasar por ese tonto. Total, yo cargaba sus papeles y lo conocía más a fondo que él mismo.

La señorita empezó a interrogarme sobre mis datos personales y mis deseos de trabajo. Yo decidí actuar como el propio bobo y le respondía todo meneando la cabeza. Cuando ella tomó una aplicación y me pidió mi nombre, yo le pasé el carné especial que siempre portaba Oswaldo, donde aparecían todos sus datos. La muchacha empezó a mirarme muy raro y me hizo un montón de preguntas mientras me observaba a mí y miraba el carné, como si notara que yo era mucho más guapo que el de la foto. Ella, haciendo un gesto para que me esperase, se levantó y me dejó solo, por unos cinco minutos. Enseguida regresó con otra bella joven, quien me llevó hasta una pequeña oficina, donde me sentó con sumo cuidado, como si yo fuese una estatuilla de cristal; para

después salir, cerrando la puerta desde afuera. Yo me quedé tranquilo, esperando; y para continuar con el papel del tonto de mi hermano, me entretuve pendulando la cabeza mientras contaba una a una las esquinas de los diplomas que colgaban en las paredes.

Una media hora después, una de las lindas señoritas regresó a la oficina, seguida sorprendentemente por mis padres. Mi papá permaneció enmarcado en el recuadro de la puerta, rígido, como la estatua que él siempre representaba. En cambio, mi madre se abalanzó sobre mí, me abrazó con fuerza y me dijo al oído:

—Oswaldo, querido, ¿por qué nos haces pasar por estos tamaños sustos?

El machete de la abuela

Enjuta. Esa era la justa palabra para describir a doña Zenobia, la mamá abuela de mi padre. Tan disminuida y reseca como las reses extraviadas en los caminos del verano, le podíamos ver los cables azules y rojos brotados por las extremidades, idéntica a los cromos de medicina que nos asustaban en el dispensario.

La abuela siempre llevaba el cabello de acero clavado con una peineta negra a su diminuto cráneo. Sus ojos de panela azul nos impresionaban y suponíamos que con ellos podía perforar nuestros pensamientos para adelantarse a nuestras travesuras. No recuerdo haberla visto cubierta con algo diferente a un ligero vestido morado con florecitas amarillas, con dos enormes faltriqueras a los costados, donde guardaba a la diestra una cajeta de chimó atada en un pañuelo y en el otro un manojo de llaves muy viejas, que solo le servían para abrir las puertas de su memoria.

Si enjuta era la figura, más lo era su hablar, al filo de la inexistencia. Mi madre en la fiesta de Fin de Año nos colocaba en escalera para desearle: «¡Feliz año, abuela Zenobia!»; y ella, reposando como una desgastada muñeca de trapo, solo hacía el leve esfuerzo de levantar un brazo para decirnos escandalosamente parca: «Feliz».

La casa de la abuela era una lustrosa vajilla de peltre. Cada cosa en su lugar, hasta los trastos y la basura. La vivienda era diminuta como ella y no guardaba lugar ni para el tramojo del fiel perro guardián. El patio sí era amplio y en él guardaba su vehículo mi padre, sobrando espacio para una batea, una letrina, una mata de onoto y otra de totumo, con el centro reservado para la gran estrella, un enorme palo de mamón que, con sus inmensos ramales, se pavoneaba orondo.

A mí me encantaba vivir al lado de la casa de mi abuela, sobre todo por el jardín que, en realidad, era un escuálido pedazo de terreno al frente de la vivienda, donde crecía una pertinaz gramilla que la abuela recortaba casi todos los días. En su ritual de las tardes, ella se colocaba en cuclillas, doblándose las faldas entre sus piernas e iniciaba el incesante corte del montecillo. Chak, chak, chak, sonaba el golpeteo de su machete contra la pajilla y la arena que la sostenía. Para mí era la única oportunidad de compartir con ella. Cuando llegaba de la escuela, me paraba al frente de su casa, la observaba unos minutos y luego le decía:

—...*sión*, abuela Zenobia. —Y aunque ella no me respondía, yo seguía tranquilo hasta mi casa, feliz por haberla saludado.

En una ocasión, la abuela me tomó de sorpresa al responder a mi solicitud de las tardes, diciendo:

—Páseme el tocón, mijo.

Me puse muy nervioso porque no sabía lo que me estaba pidiendo. Ella se cansó de esperar, apuntó con la cabeza hacia una esquina y me dijo con la grave voz de su mirada:

—¡Ese es un tocón, muchacho pendejo!

Yo me armé de valor, tomé la herramienta y se la entregué a la abuela, quien me miró con el ceño arrugado y me soltó, imbuido en un escupitajo de chimó, un humedecido *chasgracia*.

Salí corriendo hasta mi casa, tiré el bulto en el sofá y grité:

—¡Mama Chila!, ¡le pasé el tocón a la abuela Zenobia y ella me dio las gracias!

Mi madre sonrió, sacudió mis rulos y me dijo:

—Muy bien hecho, mijito, que ayudes a tu abuela.

Esa noche no pude dormir de la felicidad.

Desde el día que me presentaron el tocón empecé a sentir gran curiosidad por ese misterioso artilugio. Eran los

restos de algún milenario machete, de un acero de alta calidad, pero, tan desgastado por el uso, que se había reducido a la mitad en todas sus precisas dimensiones. A mí me encantaba el ritual que la abuela cumplía con el instrumento, antes y después de usarlo. Lo frotaba sobre una milenaria piedra azul y, después de unas cuantas pasadas, se asomaba un lustroso filo, al que ella examinaba contraluz, como un experto monje evaluando una catana sagrada. Una vez terminada la faena, lo bañaba y arrojaba con una cobija blanca, para acostarlo en un cajón que tenía debajo de su cama, al lado de una vieja bacínica desconchada. Ese era su último hijo, su bebé consentido, el sagrado machete de la abuela.

Nadie sabía de dónde la abuela había sacado su machete. Quizás fue el único regalo de amor de un rústico amante, algún cimarrón, un bandolero, un asaltante de caminos; o simplemente de un humilde agricultor, que sembró en ella amores crepusculares y desapareció alguna tarde, dejándole aquel singular presente para que ella jamás lo olvidara, y muy bien que lo había conseguido aquel dulce desgraciado.

Una vez que le pasé el tocón a la abuela, cogí algo de confianza. Llegando de la escuela Jacinto Gutiérrez Coll, colocaba mi mochila sobre una inmensa ruma de piedras que estaba al frente de su casa y, pidiéndole la bendición y con su permiso, abuela, me arrodillaba a recoger los restos de hierbas malas y de grama cortada, para ayudarla a llenar una vieja lata de manteca que ella utilizaba como colector de basura.

No nos decíamos nada. Mientras compartíamos aquel largo silencio, yo aprovechaba para admirar el brillo aceroso de su pelo, que se teñía de bermejo con las luces crepusculares que rebotaban en las colinas vecinas. Me gustaba escrutar los surcos de su rostro que surgían de las líneas de los cabellos y serpenteaban hasta reunirse al centro de las invaginadas mejillas, imaginándome cada una de sus historias de vida.

La veía recorrer de noche esos caminos espinosos y urticantes que se atraviesan desde El Puerto hasta el tupido Valle de las Damas, huyendo de los maltratos del fúrico Negro Capdeville.

Miraba a una hermosa y frágil jovencita buscar trabajo asomándose a los grandes portones de roble; como una humilde zarigüeya, con dos crías a sus ancas: una blanca y delicada como una mota de algodón y la otra negra y sólida, como las semillas del capacho.

La observaba cuidando tripones ajenos, limpiando casas, lavando y planchando ropa de otros; batiéndose contra unos hermosos fantasmas de seda que se la querían llevar al cielo prematuramente, aprovechándose de los salvajes alisios de la Cuaresma.

La pude ver llorando por primera y única vez en su vida, sembrando a una valetudinaria jovencita que, al igual que la Marquesita Del Toro, no soportó las inclemencias del trópico y murió sin poder consagrarse al amor de su vida.

Como el dios creador de sus sueños pasados, me aseguraba que todas sus historias terminasen siempre felices, antes de converger en las comisuras de sus labios marchitos y en las puntas de sus ojos inescrutables; que como ella toda, nunca pronunciaban absolutamente nada, siempre guardianes discretos de los arcanos de su alma.

Para ambos, la recolección de los restos de la grama se había convertido en un humilde ritual, que no interrumpíamos por ninguna causa, ni siquiera cuando mis bufones compinches pasaban corriendo para gritarme que yo era el jala-jala de mi abuela.

Un ventoso día de la Cuaresma, luego de la escuela, estaba con mi chamuchina alrededor de una ruma de piedras, cuando el más pequeño de todos me preguntó si no

me causaba miedo mi abuela, porque ellos se cambiaban de acera al pasar frente a su casa.

—¡Por supuesto que no! —le dije; y el entrometido del gordo Salessi, el más grandulón y bruto del grupo, dijo que él tampoco le tenía miedo a esa vieja loca.

Yo lo empujé y él hizo lo mismo, lanzándome como a cuatro trancos, sin exagerar. En medio de la algarabía, uno de los más arbolarios le lanzó un reto al enorme muchacho:

—¡A que tú no pisas la grama delante de la señora!

—¡Me canso, ganso! —respondió el gordinflón, y le apostamos todas nuestras canicas, incluyendo la jugona.

Terminadas las apuestas, el gordo Salessi tomó su pelotica de goma y la lanzó hacia la grama, casi al frente de mi abuela. Atravesó muy tranquilo la calle y se subió sobre la alfombra verde para recogerla, mientras restregaba sus enormes y sucias patas de bucerro. Luego se regresó triunfante, extendiendo la mano para recibir su premio.

—¡Es pura bulla tu abuela! —me dijo mi mejor amigo, y aquello me dolió tanto.

A partir de aquel día, los muchachos ya no respetaban el frente de la abuela. Pasaban corriendo por encima de la grama, lanzando las tareas viejas dobladas en avioncitos de papel, latas vacías de refresco y todo lo que sobrara en sus percutidos bultos escolares. Yo, en cada ocasión que me fuese posible, recogía la basura, tratando de que mi abuela no se percatara de las burlas, porque sentía que de alguna manera era el responsable y, por lo tanto, merecía pagar eternamente aquella penitencia.

Algunas semanas después del asunto del reto, nos encontrábamos varios muchachos jugando a policías y ladrones, trepándonos en el montón de piedras, cuando vimos a mi abuela de espaldas a nosotros, recogiendo los restos de la grama. El gordo Salessi la miró y solo por molestarme dijo:

—¡Voy a agarrarle las faldas a la vieja!

Yo me quedé paralizado cuando vi al gigantón cruzar la calle. Él se paró retador detrás de ella y lanzó la pelota a medio costado. Se acercó lo suficiente y se inclinó a recogerla, con la malsana intención de tocarles desde atrás sus sagradas faldas. Cuando iba a cometer el sacrilegio, mi abuela, instintivamente, como un caballo que espanta con el rabo a una mosca, le lanzó con el tocón un seco latigazo. Todos nos morimos de terror cuando vimos venir hacia nosotros al gordinflón, sosteniendo la mano ensangrentada mientras gritaba:

—¡Tu abuela me cortó un dedo!

Se formó un tumulto y se llevaron al muchacho al dispensario, mientras mi madre se llevó abrazada a la abuela hacia dentro de la casa, porque ella, imperturbable, no quería dejar incompleto su trabajo.

Estando en la casa de la abuela, mi mamá me pidió que recogiera los peroles que se habían quedado regados en la grama. Yo me aproximé aterrorizado al machete, esperando encontrarlo chorreado de sangre al lado de un dedo gordo y mofletudo que se retorcería como un gusano moribundo. Pero nada de eso, allí solo estaba el tocón: límpido e incólume, con una irónica sonrisa asomada en su filo plateado.

Bajado el nivel del alboroto, me quedé acompañando a mi madre para cuidar a la abuela, quien había continuado con su rutina diaria, como si no hubiese acontecido absolutamente nada. Desde adentro escuché que me llamaban algunos compañeros y, al salir, vi que aún conservaban la cara de terror. Muy nervioso, uno de ellos me dijo:

—Dile a tu familia que se lleven a la señora bien lejos, que por allí viene el gordo Salessi con su abuelo, a destazarle la cabeza a la vieja.

Yo me asusté mucho y salí corriendo a avisarle a mi madre de la venida del viejo Salessi, un peludo y enorme italiano, quien era el dueño de varios negocios en el pueblo, incluyendo

una carnicería. Me sorprendió cuando mi madre y la abuela no me prestaron atención y siguieron preparando, muy tranquilas, café y unas arepitas de maíz pilado.

Atemorizado, permanecí a las afueras de la casa, escondido entre la ruma de piedras, antes de que empezara la tragedia, intentando evitar la imagen de la cabeza reducida de la abuela, pendulando en un gancho de carnicería, al lado de una enorme cabeza de cerdo, sobrevoladas ambas por espirales de moscas verdes.

Mi corazón casi estalla cuando vio venir a los Salessi. Al gordo sosteniendo el dedo pulgar envuelto en unas gasas, y al viejo guiándolo por la espalda. Escudado entre las piedras, escuché aterrorizado cuando el viejo italiano gritó al frente de la casa:

—¡Doña Zenobia!, ¡aquí estamos!

Me sobrecogí de terror cuando vi salir a mi madre y a mi abuela, a plantarse delante del enorme sujeto y empezar con él una misteriosa charla. Luego, vi con sorpresa cómo el gordo Salessi se arrodillaba frente a la abuela y le besaba la mano; y boquiabierto observé cómo ella, como el cura en el ritual de la ceniza, hizo sobre su cabezota una enjuta cruz de mano, para terminar retirándose muy tranquila a su casa de muñeca.

Bien intrigado, crucé la calle y me situé al lado del gordo que caminaba cabizbajo detrás de su abuelo y de mi madre. Desde allí escuché claramente cuando mi mamá le dijo al robusto sujeto:

—Yo bastante se lo he dicho a mi cuñado Saúl, que la familia debe conocerse *tuitica*, y que nos presente a todos los hijos que tiene por ahí regados.

El gordo y yo nos escrutamos mutuamente. Luego, él levantó la mano, para mostrarme con orgullo al herido dedo pulgar y decirme muy sonriente:

—¿Qué hubo, primito?! ¿Cómo ‘ta la vaina?!

Santamaría de la Mar

Las piernas de la Patricia eran más bellas que las de mis sueños en las cálidas noches de verano: morenas, turgentes, con un brillo nacarado. Y venían hacia mí, coquetas, alegres y acompasadas; cada una más bella que la otra, haciéndome muy difícil la tarea de elegir mi preferida. La dueña me despertó con un beso tan cerca de la comisura que me hizo tartamudear al saludarla.

—Hola, Patty, aquí estoy, ¡como me lo pediste!

—Sí, ya veo, pero no trajiste el pantalón negro, como te dije.

—Pero cargo la franela azul, ¡y un pantalón oscuro!

—‘Ta bien, no hay bronca, ¡vente!

Ella me tomó de la mano y me condujo entre un montón de personas que parloteaban como pericos y que lucían enormes camisas de colores brillantes, con aires de pavos reales. Yo iba más contento que un niño llevado a una heladería e intentaba hablarle a *la patirruca*, pero ella no me hacía caso, pendiente de no tropezar con los guacamayos dorados.

Al llegar a nuestro destino, una gigantesca carpa con montones de finas sillas de plástico adornadas con inmensos lazos en los respaldos, ella me soltó de la mano y me presentó al *maitre*, un tipejo de bigoticos puntiagudos y uniforme de contramaestre, quien me tomó del brazo y me arrastró, mientras soltaba una sarta de instrucciones incomprensibles, hasta la parte trasera de la lujosa carpa. Sin dilación, el estirado sujeto me empujó delicadamente y me entremetió entre un montón de muchachos muy parecidos a mí, con pantalones negros y franelas azules, que se ocupaban cada uno de coger bandejas y llenarlas con platillos y bebidas.

En ese momento entendí que mis camaradas tenían razón de no haber venido y de que la Patty nos había seducido

para cogernos de meseros en una matutérica fiesta playera. ¡Tanto que me lo advirtieron! Pero yo no hice caso, mareado por los efluvios de esa morenaza picarona que nos abrumaba con su melena ondulada y brillante, con sus ojos de gata en celo y sus túrgidos brazos llenos de cuentas gitanas. ¡Qué más daba! Me ensarté un mandil blanco y empecé a tratar de aprender a caminar sin caerme sobre la fina arena, equilibrando con tres dedos una charola plateada rebosada de vasos y confituras.

Ya bien tarde en la noche, cuando los invitados se dispersaban montándose en sus flamantes autos, el *maitre* nos hizo hacer una cola, nos fue pasando un montoncito de monedas, mientras nos ordenaba irnos a dormir en las carpas traseras, recordándonos que teníamos que estar listos tempranito en la mañana, para empezar a servir desayunos a los refinados clientes.

Uno de mis gemelos reclamó por lo desnutrido del pago y el mandamás le gritó que el que quisiera podía marcharse donde su respectiva abuela, porque allí nadie estaba amarrado. Se armó una de San Quintín y yo aproveché de escabullirme por un costado, para irme a caminar a ciegas por la orilla de la playa. Una ventisca empujó mi cuerpo hacia el norte y yo, manso como una hoja seca, me dejé llevar.

En mi marcha al filo del agua con la arena, divisaba hacia el poniente un fondo de palmeras basquetbolistas que se entretenían lanzándose una descarapelada pelota gris y por encima de estas se podía admirar el espectáculo de un incansable cazador persiguiendo a un incontrolable toro, que corcoveando se defendía de las mordidas que le asestaban dos furiosos canes con ojos de candela. En mi distraído caminar tropecé con los cuerpos de dos anguilas brillantes que enchufadas se revolcaban en la arena, al tiempo que lanzaban agudos gritos por las descargas que mutuamente se propinaban, y que ni caso me hicieron cuando me tocó saltar por encima de ellas.

Ya estaba muy agotado por la pesada marcha sobre el fango arenoso, cuando me detuvo un inmenso dragón sanjorgiano, quien hacía guardia para separar dos mundos muy disímiles y confrontados. Allí, ante el interrogatorio del gigante de piedra, comencé una improvisada charla.

Le hablé de mis cuitas, de mi amor pendejo por *la partirruca*, que de vainas sabía que yo existía, solo porque le resolvía sus problemas de física y de cálculo. Él me habló de su amor eterno por una sirena, que lo visitaba de vez en cuando, cada catorce mil años, que para él no eran nada, solo dos semanitas de espera en sus días milenarios.

El gigantesco contertulio me distrajo un buen rato, narrándome fascinantes historias sobre bravías batallas marinas. Primero entre ejércitos de guerreros que navegaban desnudos sobre sencillas embarcaciones, lanzándose balas de piedra y alabardas de palo, y luego de entre estos, unidos en contra de aquellos otros; los que venían soltando truenos desde lo lejos, en inmensas naves adornadas con extrañas sábanas triangulares y que vestían ridículamente, como los actores de los teatruchos en las ferias escolares.

Yo me quedé dormido oyendo las divertidas historias, arrullado por los acompasados chasquidos de unas fúricas olas, que intentaban escaparse para ser libres de adentrarse a explorar las tierras occidentales, cabalgando a sus libérrimos primos, los vientos alisios del noreste.

No sé cuánto tiempo estuve adormitado, con la cabeza apoyada sobre un dedo del gigante de piedra, hasta que de apoco me fue despabilando un canto celestial, muy suave y melancólico, como surgido de alguien que estuviese muy triste, pero a la vez muy esperanzado. Entre mis párpados semiabiertos se fue formando una imagen muy tenue, casi transparente. Era la figura de una mujer que miraba serenamente la mar, mientras aquella vagabundeaba. Me restregué

bien los ojos para estar seguro de que no fuese una ilusión surgida de los tragos que me había apañado de la fiesta. Pero no, allí estaba, muy real y concreta, una dama muy delgada, con largos cabellos rizados que se destejían con el viento.

La joven vestía un camión amplio y ligero que parecía bordado a su propia piel. Ella mantenía los brazos extendidos, como si implorara a la mar que le devolviese algo que a ella le pertenecía. Me fui acercando cauteloso hacia aquella inverosímil aparición, intentando no perturbarla y poder seguir disfrutando de su sublime canto. Me quedé hipnotizado por la belleza de las palabras y por la armoniosa voz de la muchacha, que era coreada por nostálgicos chiflidos de viento. De la ensoñación me despertó la propia figura, que terminado su canto se encarnó para decirme:

—¿Y quién eres tú? ¿Y qué haces por acá tan tarde?

—¿Quién, yo?

—Sí, tú, ¡¿quién más?!

Ella me solicitó y yo le dije mi nombre, pero por aquello de los nervios se me pasó pedirle el suyo. La joven me explicó que estaba cumpliendo con una promesa de sus padres, al dedicarle a la patrona del lugar doce plegarias, que debían cumplirse durante doce noches, justo antes del solsticio de verano.

—¿Y qué pides?

—Para mi pueblo, lo usual: lluvias sobre los campos, buenas cosechas, abundancia, salud y sabiduría.

—¿Y para ti? ¿Qué solicitas?

—¿Y cómo sabes que también plugo por mí?

—Lo acabo de escuchar, pero no te entendí del todo.

—Eres el primero que conoce mi secreto, que también suplico por mi persona, porque los ruegos siempre deben ser íntimos, nadie debe oírlos.

—Perdóneme usted, señora, pero yo no sabía que...

—No te preocupes, esa regla no cuenta para ti, pues solo eres un sueño, como muchos otros que he tenido antes.

Sus palabras me atemorizaron un poco, pero enseguida me tranquilicé, cuando ella colocó una grácil mano sobre mi hombro para apoyarse en su caminar por la arena, y de seguro verificando que tampoco fuese yo una aparición. La muchacha me dijo que estaba muy cansada y me pidió que nos sentáramos, justo al lado de mi nuevo amigo, el gigante pedregoso.

Bajo la luz de la luna llena pude detallar muy bien el hermoso rostro de la adolescente: casi perfecto, sin mácula, como el de una virgen colonial tallada en madera fina. Tenía rasgos suavemente angulosos y una piel lisa y lustrosa, como pulimentada con harta paciencia por las manos de un viejo artesano. Lo más resaltante en esa dulce faz era la enigmática sonrisa, triste o feliz, dependiendo del ángulo de la luz de luna incidente.

Con las curiosas estrellas asomadas a nuestros hombros, platicamos durante horas los tres recientes amigos. Yo de mis tonterías de adolescente, de estudios y de amores frustrados. El gigante narró historias emocionantes y divertidas, como las guerras entre corsarios y filibusteros que siempre terminaban en treguas pasajeras, casándose unos con las hermanas de los otros, para mantener una paz muy ligera; hasta que estallaba una nueva guerra, con protagonistas cruzados, originadas por el desliz de algún amorío extraviado.

Los de la chica fueron relatos muy tristes y lúgubres, que recontaban plagas milenarias, sequías, inundaciones y los grandes sacrificios que hacían pueblos enteros para satisfacer a los caprichosos dioses. La verdad fue que la muchacha logró atraparnos, tanto que temblábamos de frío y de asombro delante de aquella sarta de penurias. La joven las contaba dándonos colores increíbles, ayudada por una voz de flautín italiano, por sus expresivos ojos de pulpo azulado y por sus

gráciles manos que movía magistralmente para materializar a sus personajes: a los dioses furibundos, trastocados en trombas marinas o tormentas eléctricas; a los molinos de viento luchando contra desaforados caballeros medievales; a las bestias aladas con cabezas de león y patas de caballo o a cualquier otro extraordinario e increíble protagonista. Ella impregnaba a los relatos de un aspecto histórico, de un matiz romántico y de un aroma un tanto trágico, haciéndolos fluir con gran maestría, más propia de una señora muy experimentada que de una humilde adolescente.

De repente, la muchacha interrumpió la más triste de sus historias, la que versaba sobre una virgen que, a su despecho, era periódicamente sacrificada. Como si hubiese tomado el rol de aquel personaje, rebelándose contra su ineludible destino, la joven se empinó bruscamente, señaló con su fosforescente brazo hacia el lomo de nuestro amigo y dijo con dramatismo:

—¡Subamos, que quiero estar más cerca del cielo!

Sorprendido por la inesperada solicitud, me levanté con lentitud y le respondí:

—Está bien, te ayudo a subir, pero por favor, antes dime tu nombre.

—De acuerdo, pero no te vayas a burlar. Mis padres me han llamado Santamaría de la Mar, por una promesa de familia que se ha llevado durante muchas generaciones.

—Me gusta mucho tu nombre —le dije, mientras le ofrecía el brazo para dar inicio a la escalada.

Antes de la medianoche ya estábamos sentados en el lomo de nuestro amigo, rascándole la espalda con una bagueta de caña brava que nos había servido de apoyo para la subida. Mirando hacia el sur se divisaban luces y fiestas, y hacia el norte una negra oscurana, solo interrumpida por una oruga luminosa que se deslizaba a lo lejos, muy lentamente.

Aprovechando la tranquilidad de la cima, intenté averiguar más de los asuntos mundanos de mi enigmática amiga: si asistía a la escuela, sobre sus padres, sus aspiraciones personales y, por supuesto, si tenía algún novio u otro tipo de compromiso. La damisela apenas me miraba y evadía cada una de mis preguntas, con su imperturbable sonrisa melancólica, como si no las entendiese o no le interesaran. Ella solo hablaba de las duras faenas, de la recolección de la cosecha, de los quehaceres del hogar y del campo.

De improviso, la muchacha alzó lentamente las manos, como intentando coger una corona de estrellas que resaltaba en el cielo del norte.

Le expliqué que se trataba de Casiopea, la hermosa esposa del rey Cefeo. Le tomé la mano derecha, rodeé su índice con mis dedos y mientras le contaba la historia de aquel eterno amor celestial, le iba señalando una a una las estrellas que daban vida a los amantes astrales. Al terminar el relato, le dije que, a partir de ese momento, yo me llamaría Cefeo y ella Casiopea. En ese momento, la señorita Santamaría empezó a mirarme de una manera muy especial, abiertamente sonriente, por primera vez desde que la había conocido. Creo que imaginaba que yo inventaba todas esas historias de seres mitológicos para alejarla de aquella tristeza perenne y extraña que a cada momento intentaba apoderarse de su precioso rostro de cera.

Al terminar de compartir la épica historia de amor, nos abrazamos en un silencio cómplice, congelados, emulando a nuestros *alter egos* celestiales; oyendo nuestras propias respiraciones, acompasadas por el contrabajo surgido de los bramidos de las olas cuando se batían contra las rústicas patas de nuestro cómplice amigo, el dulce gigante.

Las de la cima fueron horas muy felices para mí, al ver reflejado el asombro, la expectación, la alegría y curiosidad en

el dulce rostro de la muchacha. Y de pronto toda esa carga de dicha se multiplicó por mil, cuando ella recostó su cabeza sobre mi hombro y me rodeó la cintura con sus pálidos brazos de medusa.

Me quedé adormilado sobre la almohada de la esponjosa cabellera, hasta que me espabiló el frescor de la brisa del norte de la playa, al traer consigo una música festiva, con acordeones, clarinetes y tambores, suavizada por un fondo de melancólicos violines. Miré somnoliento hacia ese costado y pude distinguir a una gran oruga luminosa, que se arrastraba por la orilla de la playa.

¡Casiopea! ¡Casiopea!, le susurré a la muchacha al oído para despertarla. Y apenas le mostré las luces danzantes, ella se levantó muy exaltada, colocando su mano derecha sobre el corazón para empezar a descender presurosa por la ladera izquierda, tan ágil que pronto solo podía divisar su brillante celaje que serpenteaba entre las paredes de rocas.

Me costó mucho seguirla, con mis pies agujijoneados por las puntas de las escamas del gigante. Cuando por fin pude llegar jadeante a la base del promontorio, apenas pude ver a la luminosa sombra de la muchacha que se sumergía dentro de una procesión que desfilaba acompañada, iluminándose con fantasmales antorchas de brea, que mecían al compás de la música de feria.

A la marcha la precedía un grupo de músicos, delante de un altarejo hecho de palos, relleno de ramadas y profusamente adornado con flores, coronas y lazos. En la cola venía una centena de alegres paisanos, que tremolaban banderas, estandartes y pendones.

Me quedé expectante cuando la procesión se detuvo y empezaron los penitentes a entonar unos centenarios cánticos dedicados a la patrona del lugar, quien compartía su nombre con el de mi amiga, Santamaría de la Mar.

Un lugareño que me apercibió entre las brumas de los cánticos, me abrazó e hizo que me uniera a la celebración, a lo cual accedí con gusto, mientras con disimulo escrutaba entre la muchedumbre, buscando a la muchacha del vello-cino dorado.

Finalizando las oraciones y plegarias, un cura de parroquia roció con su hisopo de agua bendita, primero a los presentes, para luego concentrarse en el altar, que estaba siendo sumergido de a poco en la mar, mientras los aldeanos se persignaban, lanzaban flores y el cura hacía cruces en el aire. A la vez, varios aldeanos robustos empezaron a recostarse de los costados del altar para hundirlo a la fuerza, lo cual era el final del acto litúrgico, como me lo iba explicando el viejo amistoso, que no había dejado de abrazarme, al tanto que compartía sonoros palos de aguardiente.

Ya estaba el florido altar bastante adentrado a la mar y con más de la mitad de su envergadura sumergida, cuando con asombro distinguí a Casiopea, sentada en el trono de la virgen. Estupefacto, yo no podía creer lo que estaban haciendo estas aparentes buenas personas: sacrificando a una inocente muchacha. Indignado, me solté del viejo amistoso y me lancé a la mar, gritando: ¡Casiopea! ¡Casiopea! ¡Señorita Santamaría! ¡No te vayas! ¡No me abandones! Algunos hombres se lanzaron tras de mí y me regresaron a la fuerza, mientras yo les gritaba que eran unos infelices hijos de perra, aunque me atragantase de agua marina.

Algunos paisanos iracundos me patearon en la orilla de la playa, pero otros —sobre todo mujeres— me defendieron y se quedaron para acompañarme, hasta que se fueron retirando los más exaltados. Cuando me vieron aparentemente tranquilo, todos empezaron a marcharse.

El último de los fieles, el mismo viejo que me había hecho unir al festejo, sacó del bolsillo trasero una carterita de

cocuy de penca, sostuvo mi cabeza sobre su rodilla, como si yo fuera un náufrago moribundo; me dio a beber varios tragos y me dijo antes de marcharse: «*júrgolo*, muchacho, tu ‘tas loco. Eres el hombre que más ha *llorao* por una de mis niñas. Vete a buscar una de carne y hueso y olvídate de esta. No hay razón para que te enamores de ella, por más bonita que me *haiga quedao*».

Mientras los lugareños se alejaban para seguir con la celebración, yo me quedé varado en la playa, como un muñeco de ramas secas y algas, acunado por la misericordia de las bondadosas olas.

Resignado, me estaba quedando dormido, arropado con una cómoda colcha de espuma, cuando vi surgir de entre las olas a mi amada, a la divina Casiopea. Lucía más hermosa que nunca, cabalgando sobre un caballo de palo, como una orgullosa Lady Godiva, con la ropa disuelta en flecos de papel mojado que se deslizaban por su delgado pero sinuoso cuerpo de sirena. Hice un esfuerzo, nadé unas cuantas brazas y le tomé la cola al rocinante, para poder acompañarla.

La oleada nos fue arrastrando lentamente hacia el borde de la mar, hasta su abismal orilla, en donde se desparrraman sus aguas al infinito. Y en ese lugar sin cotos para los sueños, en un bizarro cielo, húmedo y profundo, entre estrellas vivas que se persiguen para comerse las unas con las otras, me fui quedando dormido, sin que ya nada me molestase; ni siquiera las lágrimas de cocodrilo de la Patricia, que lloraba al verme felizmente entrelazado con cintas verdes a la hermosa señorita Santamaría; quien para ella, de seguro cegada por los celos, solo era un escuálido esperpento hecho de trapos y de palos.

Aquella incierta luciérnaga

Para mí, estoy casi seguro, todo comenzó un día martes 5 de febrero, cuando andaba en lo mío, asistiendo muy puntual a mis clases de ingeniería. Todavía adormilado, me acerqué a mi parada favorita, ubicada a media cuadra de la residencia y a unas doce del Politécnico. Y allí estaba ella, una muñeca abandonada por el padre Cronos en aquel tiempo y lugar.

De primera me llamó la atención su vestimenta, muy inusual para los jóvenes de nuestra época, con la apariencia de una colegiala de los años 50 o quizás más atrás. Vestía una saya fina y ligera, tanto que debía aguantarla con la mano para que la curiosa brisa no mostrara sus translúcidos muslos. El torso se lo cubría una rígida chaquetilla azul sin botones, que contrastaba con la finura de la falda. Calzaba unas zapatillas rosadas con medias blancas escolares que le protegían hasta las pantorrillas. Su *look* lo remataba un par de rubias crinejas, que reposaban adormiladas sobre sus hombros.

Con recelo me acerqué a la parada usurpada, por si acaso aún estuviese dormido en mi camastro y no me fuese a caer de porrazo. La miré con disimulo de arriba abajo, muy asombrado por su aspecto atemporal, tratando de distinguir entre una liceísta extraviada y una joven universitaria. Concluí que, como yo, se dirigía a la Gran Zona Educativa del Oeste, al notar un inmenso libro rojo —quizás *El Cálculo*, de Louis Leithold—, que apretaba desconfiada en su pecho, como temiendo que alguien se lo arrebatara.

La joven lucía tan frágil y ligera que sentí el deber de estar cerca de ella, presintiendo que en cualquier momento tendría que asistirle, cuando el peso del grueso libro la halara hacia la calzada. El tiempo se detuvo largo rato y ambos

permanecemos como estatuas de una plaza, sin que nos afectara el azote del viento frío mañanero. ¡Súbito!, me dejó asombrado un movimiento suyo, al colocar su delgado brazo izquierdo como atril y con la mano derecha abrir el libro rojo a un tercio de su grosor para empezar a recorrerlo. «¡Esta se pasó!» —pensé— «¡Cómo se le ocurre estudiar parada en una parada!».

No aguanté la curiosidad que empezaba a jalnearme aquella peculiar muchacha y me acerqué lo suficiente para saludarla:

—Buenos días, joven, veo que tiene un examen.

—Hoy no, pero tengo mucho que estudiar —me respondió desinteresada.

—¿Estudias en el Pedagógico? —interrogué curioso.

—No, en el Básico —me contestó parca.

—¿Pero apuntas para el Peda? —insistí en la charla.

—No, voy a estudiar Química, en el Politécnico —me dijo, abriendo un pequeño portal, al voltearse y mirarme como una Mona Lisa.

En ese momento noté lo más resaltante de su aspecto. Si fuese yo un estudiante de Castellano y Literatura, hubiese dicho que se abrieron dos claraboyas con vitrales de aguamarina, por donde se colaron sendos torrentes de luz esmeralda; pero como apenas soy un cartesiano estudiante de Ingeniería, solo diré que vi emanar de los anillos de sus ojos ligeras luces azules-verdosas, muy propias del fenotipo acunado en los Cárpatos Europeos.

—Qué bueno, entonces de seguro te veré por allá, porque yo estudio Electrónica —le dije en tono amistoso.

—Ah, ¿sí? —replicó como si no me creyera y volvió a aferrarse a la lectura.

Un largo silencio se apoderó de la parada, hasta que fue interrumpido por el resoplar humeante de un monstruoso Circunvalación Norte.

—¿No subes? —la interrogué expectante.

—No me gustan esos tan grandes —me contestó, sin apartar la mirada del libro rojo.

—A mí tampoco —improvisé, y se instaló un nuevo silencio, ahora solo entre ambos, porque ya estaban otras personas rodeándonos.

Al poco rato, una pequeña buseta se presentó a rescatarme, porque ya me estaba incomodando dejar pasar tantos buses grandes. Era la ideal, pequeña y desocupada.

—¡Vámonos en esta! —le dije en tono fuerte, para sacarla de su concentración.

Le permití subir primero, como todo un caballero, y ella escogió un puesto extra, para una sola persona, quedando ambos de frente, con nuestras rodillas casi rozándose, solo separadas por el viento caprichoso que entraba y salía de la cabina.

La singular muchacha no se separó de la lectura durante el trayecto, impávida ante los saltos de la frágil buseta, mientras yo trataba de encontrar un resquicio para introducir alguna frase ingeniosa que llamase su atención.

Dejé pasar mi parada, ubicada entre las espaldas del Poli y del Peda, porque me atrapó el deber de cuidar a ese frágil figurín de anime, cuyos brazos podrían partirse a la mitad debido a la plomada del grueso libro. No sé la razón de fondo, pero me la imaginé rompiéndose contra el pavimento, como una muñeca de porcelana empujada al vacío por un pasajero indolente. Al llegar al Básico, todos nos apeamos, y la criatura me miró arrugando el entrecejo, como sorprendida de mi inesperada presencia y me preguntó:

—¿Y usted? ¿Acaso no iba para el Politécnico?

—¿Ah?, sí, pero yo siempre desayuno aquí al frente, tostines —me justificué apenado.

—Hum, ya veo —me dijo con una sonrisa pícaro que interpreté como un gesto amistoso, al que no pude responder,

puesto que en un pestañear mío la muchacha desapareció, tragada por la serpiente multicolor que entraba apretujada por el estrecho portón de alfajor al recinto universitario.

Tres días seguidos me monté en busetas pequeñas que me dejaban frente al Básico, para desayunarme con dos tostones y una malta. Luego caminaba de regreso al Politécnico, por la vía trasera, pisando despacito el asfalto, por si acaso me encontrase alguna muñequita destrozada. El fin de semana me sacó de esa inusual rutina y me devolvió a mi vida de «estudiante profesional», como nos catalogaba el profesor de Física Cuántica.

—Oye, *brother*, ¿tú conoces a una muchacha así y asao?
—le pregunté a mi hermano, mientras él se mordía la lengua tratando de resolver unos problemas de Cálculo.

—¿Y eso? ¿Te gusta la tipa? —me interrogó.

—No, lo que pasa es que es tan inusualmente diferente
—le aclaré.

—La verdad que no conozco ni he visto a ese ser. Si te interesa tanto, vete al Básico y la buscas —me dijo a modo de un consejo paternal.

—No lo creo. Yo no ando como tú, por ahí, de galantearte —le dije sonriendo, y traté de cerrar la conversación para concentrarme en mis ejercicios de Física, porque ya cargaba la mente muy ocupada intentando comprender el principio de incertidumbre de Heisenberg.

Sin embargo, el lunes siguiente tomé disimuladamente el consejo de mi hermano y me llegué hasta el edificio de Pre Ingeniería y anduve cual holandés errante por sus pasillos, sin éxito alguno.

—«Quizás se retiró, como el 80 % de los aspirantes»
—pensé, como la zorra de las uvas verdes.

En verdad nunca llevé la cuenta, pero sé que habían pasado catorce días cuando, por fin, vi regresar a la singular

muchacha a mi parada. Esta vez vestía «algo más normal», con unos yines muy anchos y un suéter rojizo con una U gigantesca en el pecho, que parecía haber heredado de algún hermano mayor, otro habitante de los años 50. No faltaban, eso sí, las traviesas crinejas doradas que se columpiaban a su andar.

—¡Hola! —me dijo en tono alegre, como queriendo compartir una buena noticia.

—¡Hola! —le contesté muy casual, tratando de disimular las dos semanas de espera.

—Sabe que salí muy bien en mi primera ronda de exámenes, parece que «alguien» me trajo buena suerte —me dijo, mientras sonreía como una niña comiéndose un helado.

—Me alegra saberlo, porque eso significa que le irá bien el resto de su carrera —le respondí muy serio, simulando un tono de estadista educativo.

—Estoy tan, pero tan contenta que quiero caminar, caminar y caminar —me dijo, zumbándome dos pedradas esmeraldas que me atontaron.

—¡Arranquémosle, pues! —le dije imitando la cadencia de un cómico mexicano. Y así fue como dimos nuestro primer paseo.

Camino al Básico, la muchacha me explicó que su papá, por varios días, la llevó a clases en su camión repartidor de gas, porque debido a los continuos trasnochos, ella se paraba tarde. Confesó ser una empollona, con una manía de tener notas perfectas, y que se esforzaba tanto en lograrlas, que a veces «se olvidaba de sí misma», frase que no le entendí del todo.

En la ruta, la muchacha rechazó las ofertas de desayuno que le hacía cada vez que pasábamos por algún tarantín de comida: «Gracias, pero no tolero la grasa».

Al llegar al Básico, se paró frente a mí y me dijo, como guardando distancias:

—Gracias por haberme acompañado hasta aquí. Usted ha sido muy amable.

Debió notar en mí algo de frustración porque, antes de sumergirse en la marabunta de estudiantes, me gritó:

—¡Helados! ¡Los helados sí me gustan muchísimo!

A partir de mi reencuentro con la peculiar muchacha, las siguientes semanas las pasé entre mis deberes y largas charlas en las paradas y banquetas de la universidad con, para mí, la joven «venida de otro mundo». Ella no encajaba en ninguno de los estilos de las estudiantes universitarias, como las que cursaban Mecánica, con sus bluyines rústicos y camisas de paño cuadriculado; o de las perfumadas de Química, que utilizaban finos pantalones de pana y blusas de lino; o las del área eléctrica, que iniciaban el semestre bien pintarrajeadas y terminaban todas despelucadas y con las blusas sin planchar.

Esta joven no tenía moldes: una semana le daba por andar elegante, con vestidos y zapatos finos, delicados y femeninos, y la siguiente se ponía unos pantalones bombacha con desgastadas zapatillas de cuero. De la misma forma errática actuaba con su pelo. En ocasiones, llevaba sus alegres crinejas desnudas, y en otras, las cargaba muy arropadas con ganchos, cintas o enormes lazos de tela. Ocasionalmente, se fabricaba una sola, gruesa y simétrica, la cual usaba con sus mejores vestimentas. Pocas veces llevaba el pelo suelto, a pesar de que lo tenía ondulado, sedoso y abundante. Lo único constante en esa chica era la indescriptible apariencia de haber salido de una vieja fotografía, de haberse fugado de algún álbum extraviado de sus abuelos.

Tras un par de semanas de paseos y charlas, razoné que el viernes 2 de marzo iba a ser el día perfecto para invitar a mi peculiar amiga a tomarnos unos helados. Todos teníamos libres los viernes en la tarde y yo habría cobrado mi beca estudiantil. La llevé a una heladería que quedaba cerca de la universidad, muy solidaria con los estudiantes y en donde nos

permitían pasar horas charlando, por un mínimo consumo. Después de revisar al derecho y al revés la lista, ella se decidió por una gran copa de fresa, no sin antes darme una charla sobre sus propiedades curativas y excelentes capacidades oxidantes. Yo escogí un simple vaso de crema con frutas.

Esa tarde hablamos de todo —bueno, ella habló de todo—. Me explicó que viviría catorce mil años, porque era una descendiente reencarnada de una semidiosa hindú. Al principio pensé que bromeaba, pero luego entendí que todo lo decía bien en serio y hasta me detalló cuáles eran los deberes que conllevaba tamaña responsabilidad. Me dio una clase magistral sobre cómo estamos cada uno de los seres vivos sintonizados con unas cadencias de ondas universales y sus respectivos colores asociados. Yo, como materialista dialéctico y como estudiante de Ingeniería en Comunicaciones, no compartía del todo sus ideas, pero se las respetaba. Le creía de corazón y daba por legítimas sus creencias, sin necesidad de aceptarlas hipócritamente. Ahora podía entender por cuál razón parecía no tener amigos. De seguro se burlaban de sus conceptos y se convertían en jueces que la sentenciaban, solo basados en premisas fácticas, sin detenerse a pensar en la belleza subyacente de sus ideas metafísicas, sin percatarse de lo grandemente humano que implicaba confiar a un omnisciente dios todas nuestras penurias y esperanzas.

Aquella feliz tarde de la heladería, mi peculiar amiga me detalló algo más de su vida familiar. Me pidió disculpas por haber rechazado los desayunos, explicando que ella era absolutamente lacto-vegetariana, y que no se comía nada que hubiese muerto, ni siquiera huevos pasados por agua bendita. Me dijo que todas sus hermanas le tenían cierta envidia —pobrecitas, ella las entendía—, porque su mamá la tenía consentida con su dieta y le preparaba ensaladas superespeciales, en tanto ellas comían mojos de sardina, tomate y cebolla.

Mientras fluía la charla, nos animamos a intercambiar. Esta vez fui yo quien pidió una gran copa de fresa y ella un vaso de crema, al que relamió mientras ahondaba sobre su historia familiar. Con su delgado y transparente dedo meñique trazó un mapa sobre la mesa, ubicando su lugar de origen al suroeste del montículo de su carterita de semicuerdo verde, justo a orillas de los Andes larenses, al sur de la copa de helado, que había colocado sobre los pliegues del mantel azul del mar de los caribes. Me dijo que no había vuelto a su pueblito del alma, porque un primo mayor tenía una fijación con ella y le daba miedo que se metiera forzando la débil ventana del cuarto para señoritas. Cuando me contó de esa situación, sentí, por primera vez en mi vida, odio hacia alguien desconocido: ¿qué bestia inhumana podría ser tan cruel y malvada para tener siquiera un leve pensamiento sobre penetrar y hacerle daño a una criatura tan frágil y pura?, como de seguro lo sería aquella inocente ventanita de madera.

Ya la noche había llegado muy discreta y yo apenas podía guiarme por los cocuyos de sus ojos, cuando la joven empezó a relatar un cuento muy extraño. Me contó que su tía abuela —de quien había heredado su fisonomía, sus ideas metafísicas y hasta un baúl lleno de ropa, muñecas, libros y otros enseres personales—, había muerto en la hoguera. Al principio, imaginé que la habían acusado de ser una hija de Salem, hasta que ella me detalló todo lo acontecido.

Resultó que su pariente era una joven muy brillante e independiente para su época, que deseaba estudiar medicina, profesión negada a las mujeres en la familia. Me explicó que la tía, junto a otros familiares, se había mudado a esta ciudad, por cierto, a la casa donde actualmente aún viven. En fin, la muchacha de la historia, con astucia, se consiguió algunos libros de medicina y decidió quedarse todos los santos días estudiando por su cuenta, hasta que sus tercios padres

decidieran matricularla en la facultad. Y así pasaron los años, con la tía encerrada, estudiando, acumulando libros y conocimientos teóricos y los padres negados a complacerla.

Un buen día o, mejor dicho, una mala noche, salió toda la familia hacia el hospital por el nacimiento de una sobrina. La tía se quedó como siempre enclaustrada, estudiando alumbrada solo por una vela; y ¡zúas!, llegó un mal viento y elevó la llama hasta una pila de sábanas sucias que se incendiaron de inmediato. Cuando los vecinos lograron acallar las flamas, la encontraron en posición fetal, aferrada a unos libros humeantes que le perforaron el pecho. El tizón del torso, que relumbraba con un viento macabro, la hizo asemejar a una gigantesca luciérnaga agonizante. Bueno, esa última parte la imaginé yo. Al terminar su relato supe que estaba llorando, porque sus cocuyos apenas se asomaban en la penumbra.

Saliendo de la heladería arrancamos a caminar por la calle Quince, mientras relamíamos los vasos de plástico, compartiendo entre ambos un extraño espacio silente, hasta que llegamos al callejón de la 55A, donde ella se detuvo y me dijo:

—Aquí cruzo, muchas gracias por los helados y por escucharme.

Aunque ya conocía su hermoso nombre, en ese momento decidí rebautizarla, y le dije:

—De nada, Señorita Luciérnaga. Además, le puedo brindar mañana todos los helados de fresa que se le antojen.

—De acuerdo, nos vemos allá a las cinco de la tarde —me dijo, poco antes de apagarse en la penumbra de su callejón.

Esa misma noche, en la residencia, le conté a mi hermano todo lo acontecido con la muchacha y él me comentó burlón:

—Pa' mí esa chama 'ta loca, yo que tú la marco a distancia —y la verdad es que nunca lograba entender su lenguaje de basquetbolista frustrado.

Esa madrugada soñé que la Luciérnaga se estaba quemando y me pedía auxilio a través de unos barrotos. Ella me extendía sus brazos burbujeantes de grasa chamuscada y yo no tenía cuerpo físico para auxiliarla, y desperté tan asustado que me toqué el pecho para comprobar que aún era un ser de carne y hueso. En ese momento entendí que, en verdad, era yo quien necesitaba ser salvado por la Señorita Luciérnaga.

—Mañana le haré una pregunta importante —dije para mí mismo, y me volví una momia de sábanas, para poder conciliar el sueño.

El sábado 3 estuve en la heladería desde las cuatro, previendo llegar a tiempo por si llovía. Me tomé un café con leche grande y comí una empanada chilena. Noté que cuando la mesera me sirvió y regresó a la barra, me señalaba, mientras cuchicheaba y se reía con una colega. No pude explicarme el porqué de esa actitud, pero no le presté mayor atención; total, yo solo estaba pendiente de la llegada de la Señorita Luciérnaga.

Ella llegó muy puntual, precedida de una cálida luz azafranada. Vestía un hermoso conjunto azul de popelina plisada, complementado con una ajustada chaquetilla de mangas cortas y un cinturón de semicuero blanco. Se empinaba sobre unos zapatos de plataforma del mismo color y en la rubia melena lucía un inmenso lazo plateado que aquietaba las traviesas crinejas. Bordeándole el alargado cuello, se mostraba un lustroso abalorio de perlas de plástico. Parecía salida de un comercial de lavadoras de los años 50.

Le aparté la silla y le dije que se veía *very nice*, a lo cual ella me correspondió haciendo una coqueta reverencia antes de sentarse. Sin pedirle permiso, pedí los helados más caros: dos copas banana *split*. Cuando la mesera nos traía el pedido, no aguantaba la risa y casi se le cae el servicio. Yo seguía sin entender el chiste y opté por no darle importancia.

Mientras disfrutábamos de las copas, conversamos de todo un poco. Como siempre, ella acaparaba toda la cháchara y yo la dejaba. No me acuerdo de todo, pero sí que me habló de sus viajes astrales. Contó que había visitado las catacumbas romanas, las pirámides egipcias, los jardines de Babilonia; que fue testigo de la decapitación de María Antonieta, de donde se trajo sus zapatillas manchadas de sangre real, que de verdad tenía la consistencia, color y olor de un calamar. Me juró haber acompañado a los cruzados en su séptima jornada, la única verdaderamente importante de todas ellas. Me describió con precisión cómo lucían las lunas de Júpiter cuando se sobrevolaban, y así muchas otras cosas. Yo le creía todo, porque ella era, sin duda, la persona más transparente que había conocido; tanto, que podría jurar que podía ver sus movimientos de diástole y sístole.

Cuando sentí que ella se había descargado de muchas cosas que necesitaba decirme, tomé valor para hacerle una pregunta muy importante:

—Luciérnaga, tengo que hacerte una pregunta muy importante.

—Ya sé qué pregunta es, recuerda que yo puedo leer la mente de las personas buenas —me dijo con una seguridad pasmosa, y me sentí tentado a retarla para que me la respondiera de una vez, pero preferí seguir una vía menos riesgosa.

Cuando iba a lanzar mi pregunta, como diría mi hermano, ella me jugó adelantado:

—También tengo que decirte algo muy personal e importante. Yo no pienso casarme nunca, ni tener pareja, ni tener hijos —me arrojó un dardo con firmeza.

En ese momento, vi que de la nada apareció una gigantesca alabarda que voló rauda hacia mí y, sin darme tiempo, me espetó la garganta, clavándome contra el respaldo de la silla de madera, y así supe cómo se sienten las mariposas

disecadas. Parece que ella no se dio cuenta de mi situación, porque removiendo el resto del helado con la cucharilla de plástico, siguió hablando como si nada pasara:

—La gente no me entiende, pero yo quiero dedicar mi vida a desarrollar cosas que ayuden a los pobres. Quiero inventar sustancias buenas para las amas de casa; detergentes maravillosos que cuiden sus manos; champús medicinales antes que cosméticos; plastilinas alimenticias, que no envenenen querubines; fuegos artificiales que solo hagan ruido y no dañen las manitas de los niños; medicinas que se tomen una vez cada semana y se activen solo al detectar la enfermedad; alcohol que no solo embriague, sino que cure a los borrachos de sus diabetes y enfermedades venéreas; sustancias que descontaminen las aguas y, de paso, sirvan de alimento para la flora y la fauna; y tantas otras cosas buenas que necesitan crearse y para lo cual voy a necesitar de todo mi tiempo y energía. ¿Tú sí me entiendes? ¿Verdad? —me dijo, tratando de no atragantarse con las palabras.

No pude responderle, debido a la lanza clavada en mi garganta y solo logré hacerle un pequeño gesto afirmativo con la cabeza, mientras ella me miraba, como esperando un aplauso, una gran aprobación que no llegaba.

Una gélida brisa nos arropó y congeló nuestros pensamientos, por lo que no hablamos por un largo rato, hasta que ella se despabiló y me ordenó muy seria:

—¡Marchémonos de aquí!

Me levanté como pude, sosteniendo con las manos la lanza para que no terminara de rasgarme la garganta. A mis espaldas podía oír las risas sin piedad de las meseras.

Después de terminar con los helados, la Luciérnaga y yo regresamos hacia nuestras residencias, tomando la avenida Rotaria, vía hacia la calle Sesenta. En el trayecto, ella siguió hablando de cosas disímiles, aparentes y nebulosas.

Yo no le prestaba suficiente atención, ocupado, tratando de no perder el equilibrio al sostener la lanza que ya casi lograba sacar de mi garganta. Llegando a la pequeña Plaza Miranda, supe que lo había logrado, al escuchar un rebote metálico contra el pavimento. Allí aproveché para pedirle que nos sentáramos y le pasé unos caramelos de coco que acostumbraba llevar en los bolsillos; no tanto por ser amable, sino para ganar tiempo, mientras se me aliviaba el dolor en la manzana.

En la diminuta y solitaria plaza permanecemos un buen rato, visiblemente contrariados. Yo me distraje mirando al viento sacudir sus cabellos y como millares de diminutos cocuyos aprovechaban de escaparse para buscar un lugar entre las estrellas que se asomaban al cálido cielo añil de la temporada. Ella quiso aprovechar la límpida pizarra celeste para explicarme cómo los sabios de la Cátedra Lucasiana utilizaban el cálculo de fluxiones para determinar el paso de los astros entre las constelaciones. Me consultó sobre algo, creo que sobre la precesión en el perihelio de Mercurio, a lo que por estar distraído no me ocupé de responder.

—¿Estás bravo conmigo? —me confrontó.

—No inventes —le respondí muy breve, ahorrando palabras.

—¿Y por qué razón te portas tan frío y distante cuando te hablo de mis cosas? —me interrogó.

—Algunas no las entiendo, otras me parecen muy extrañas, pero siempre estoy pendiente de lo que dices —intenté justificarme.

—Primera vez que me mientes, ¿no es así?, solo dime por qué estás molesto y yo lo entenderé —insistió.

Carraspeé y le dije con voz lejana:

—No, Luciérnaga, es solo que el helado me congeló las cuerdas vocales.

Ella hizo un gesto de no creerme y se levantó dos veces, porque a un primer intento, un contraaliso extraviado la había vuelto a sentar y, sin esperarme, arrancó a caminar por la calle Quince. Por un instante tuve la idea de dejarla marchar sola, asumiendo una fría y triste despedida. Pero, al imaginarla en volandas, como a una huérfana pajarita de papel, decidí que no, primero caballero que orgulloso, y me apresuré para caminar a su lado.

Nos deslizamos unas pocas cuadras, cada uno encerrado en una cabina transparente, que solo dejaba pasar la brisa fría y los punzantes ruidos citadinos. Al llegar a la esquina de su callejón, ella me tomó de la mano y me dijo:

—Ven, para que al menos sepas dónde vivo.

Caminamos poco más de una cuadra, hasta que nos detuvimos frente a una casa muy oscura, sin un ápice de luces. Allí me soltó bruscamente la mano y me anunció:

—A lo mejor no me verás más nunca.

Tal sentencia me dejó paralizado, mientras ella abría, entraba y cerraba las rejas de un pequeño porche.

—¿Por qué dices esas cosas?! —le grité, pegando el rostro a las rejas de su casa.

—Yo tengo mis secretos, que tú no deberías saberlos —me dijo, mientras se metía a la casa, cerraba la puerta y encendía la luz de la entrada.

«¿En cuál parte de su cuerpo podría esconder un secreto, ese frágil cocuyo de cristal?», me pregunté.

Cavilando, me quedé aferrado a las rejas del porche no sé por cuánto tiempo, hasta que ella empezó a apagar y encender las luces. No sé si lo hacía para que me fuera, o me estaba jugando una broma por haberla bautizado La Luciérnaga, o a lo mejor me estaba enviando un mensaje en clave morse, en lo que era una experta, habiendo sido instruida, según me había dicho, en la escuela sabatina de los Rosacruces.

Lo único que sé es que, en ese juego, duró varios minutos, hasta que nos fundió a ambos, a la bombilla y a mí.

En verdad no sé si me quedé soñando recostado a las rejas, pero la pude ver atravesando las paredes de su casa, caminando verticalmente por los muros, levitando semidesnuda, en posición de loto; como la bella, pálida y azulada diosa hindú que me había mostrado en una estampa de su libro de metafísica. Solo sé que, al final, me espabiló una mano fría y huesuda que se posó en mi hombro.

En la penumbra pude distinguir a un hombre bastante mayor que me hablaba tembloroso.

—Véngase pa'ca, mijo, aléjese de esas rejas malditas.

—No diga eso, maestro, que allí vive mi amiga —le dije en tono amable, respetando su cara arrugada de sol y de experiencia.

—¡Ay, muchachito! ¡Usted como que es otro que cayó en sus brazos! —me dijo compasivamente.

—Tenga cuidado con lo que dice —le reclamé, un poco airado.

De inmediato, el viejo me tomó con fuerza por la nuca y me obligó a penetrar a la oscurana de la casa, donde se suponía que habitaba La Luciérnaga, y me fue dando un lúgubre paseo, apoyándose con una gran linterna de mano que cargaba.

Bajo la redondeada luz artificial pude detallar las ruinas oscuras de un añejo incendio. Muros derrumbados, bañados de un carbón milenario, de entre los cuales solo emergían débiles relumbres de cocuyos metálicos procreados en la basura. Y allí pude distinguir a La Luciérnaga, acurrucada como la momia de un niño inca sacrificado. Vi su otrora enorme libro rojo, apelonado entre sus brazos y su pecho, formando una argamasa violeta. Entre las ruinas, pude distinguir a las huérfanas crinejas de oro, fundidas a una chamuscada almohada

de arcilla. Ella tenía los ojos abiertos pero inmóviles, como los de un hermoso búho disecado, dentro de los cuales resaltaban dos piedras de malaquita, opacas y desgastadas por una larga y solitaria espera.

Sentí el deber de despedirme de La Luciérnaga dándole un beso en su aún tersa y reluciente frente. Pero, al inclinarme, se me doblaron las piernas y debí apoyarme del anciano, que casi no podía con mi peso. Un dolor fuerte en el pecho me hizo inclinar aún más y, cuando iba a llevar mi mano derecha al costado izquierdo, buscando aliviar el agudo ardor que me quemaba por dentro, el corazón se desprendió de mi pectoral poroso, cayéndome en la planta de la mano, resquebrajándose en 2, 4, 8, 16, 32 y cientos más de pedazos que se deshilachaban en trazas de arena, colándose por entre mis dedos, igualmente desmembrados. El desconcertado viejo no pudo más con el saco de ceniza arenosa en el que me había convertido y tuvo que dejarlo caer.

Las últimas cosas que recuerdo son una ventosa y punzante lluvia abatiéndose sobre los restos de mi cuerpo, transformado al toque del agua en una argamasa gris y pastosa, y el escuchar al incesante rumor de un río de vecinos que intentaba devolverme a la vida narrándome muchas versiones de una misma y particular historia. Aquella que versaba sobre una bella y triste luciérnaga, chamuscada por su incierto y a la vez ineludible destino.

Índice

3x1	13
Un tren al fin del mundo	18
Sombras, nada más	25
Nosotros y aquellos	30
A la cima del mundo	38
La catirita del frente	40
La chinita de la china	47
El enorme pecado de Abel	50
La monedita de oro y la luna de plata	56
La mujer perfecta	66
La contrición	70
Profesión de loco	75
La aplicación de Oswaldo	79

El machete de la abuela	82
Santamaría de la Mar	89
Aquella incierta luciérnaga	99

Cuentos de papelera

se imprimió en el mes de julio de 2024
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo
Caracas, Distrito Capital, Venezuela
Son 200 ejemplares





«Tuve que cerrar los ojos, que ya no me servían de nada, para abrir muy bien los oídos y diferenciar los ruidos propios del monte de los que ellos iban largando como migajas de un elusivo rastro».

LAS FORMAS DEL FUEGO

NARRATIVA

Afortunadamente rescatados del cubo de basura, adonde su autor los había relegado en esos momentos en que la autoría dudaba de su poder creador, con este libro resurgen 16 cuentos. Gracias a ese renacimiento, encontrará el lector historias muy bien logradas desde el punto de vista del constructo literario, cuyas tramas hablan sobre el tránsito misterioso de la vida de sus protagonistas llenos de matices. Unos son oscuros, incluso etéreos; otros son grises, sumergidos en la borrosa etapa de la búsqueda del camino, a veces esperanzadora, a veces no tanto; y otros son seres luminosos que nos enseñan el contraste con y desde la sombra. En definitiva, esta publicación nos regala las experiencias de personajes que el lector encontrará cercanas a las suyas, mientras se mueven en el mundo, experimentando la extrañeza, lo mágico, la singularidad de vivir.

JOSÉ LUIS VÁSQUEZ SILVA (URACHICHE, YARACUY, VENEZUELA, 1958). Ingeniero electrónico, profesor de Física. Trabajó por trece años en la Siderúrgica del Orinoco, lo que le permitió recibir entrenamiento tecnológico nacional e internacional. Posteriormente, se dedicó a la docencia en áreas tecnológicas en varias universidades nacionales. Desde su jubilación se ha dedicado a la escritura de novelas cortas y cuentos. Cursó el diplomado de narrativa de la Escuela Taller de Narrativa Venezolana (ESTANAVE). Su obra prima, el libro de cuentos *Profesión de loco*, fue finalista en el concurso Solar-2023. Es amante del billar y de la lectura de obras de divulgación en las áreas de la Física relativista y cuántica.



Ministerio del Poder Popular
para la Cultura

